

¿Dónde está la franja amarilla?

William Ospina

Es un texto que propone el redescubrimiento del territorio,
del lenguaje y de la diversidad de razas.

El País, España



se

Material protegido por derechos de autor

En los cuatro ensayos que integran este libro, William Ospina interpreta los males, carencias y debilidades que agobian a Colombia. Encuentra en la simulación la actitud más corrosiva de la identidad del colombiano y en la inequitativa distribución de la riqueza los orígenes de la violencia y la perversidad de un Estado que sirve más a intereses particulares que a los de la comunidad y a la búsqueda de la prosperidad para todos. La falta de legitimidad de los gobiernos y la poderosa influencia de fuerzas al margen de la ley provocan el lúcido cuestionamiento que Ospina hace de la democracia en Colombia.



William Ospina

¿Dónde está la franja amarilla?

ePub r1.0
Himali 18.04.15

Título original: *¿Dónde está la franja amarilla?*

William Ospina, 1997

Fotografía de cubierta: Alfonso Pérez Acosta

Diseño de cubierta: Patricia Martínez Linares

Editor digital: Himali

ePub base r1.2



UNA PÁGINA INICIAL

En alguno de sus relatos Gabriel García Márquez habla de un hombre que está muriendo de indigencia en el paraíso. Cualquier colombiano, rico o pobre, puede hoy reconocerse allí.

Hemos hecho del más privilegiado territorio del continente una desoladora pesadilla. Las sierras eléctricas aniquilan una naturaleza que podría salvarnos; la conquista de América prosigue con su viejo rostro brutal contra los hombres y las selvas; la peste del olvido borró nuestros orígenes y nuestros sueños.

Pero todos necesitamos un país. Las páginas que siguen no son más que un esfuerzo sincero, por entender lo que somos: un escritor tiene el deber de ser parte de su tierra y de su época.

Reinventar el país no puede ser tarea de unos cuantos, pero la enormidad de la labor casi exige milagros. Recuerdo entonces aquellas palabras de Voltaire sobre los hombres de su tiempo: «Necesitaban milagros: los hicieron».

W. O.
Abril de 1997

1. Lo que le falta a Colombia

Una de las más indiscutibles verdades de nuestra tradición es que la sociedad colombiana se funda en el ejemplo de la Revolución Francesa y en la Declaración de los Derechos del Hombre, lo mismo que en sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Cuando recientemente se celebró el segundo centenario de esa revolución, muchos nos recordaron cuán intensamente procedemos de ella y somos hijos de su ejemplo. Sin embargo, yo creo que si algo demuestra la sociedad colombiana y el aparato de sus instituciones es que nadie procede de una revolución distante y nadie puede simplemente ser hijo de su ejemplo. Una revolución se vive o no se vive, y la pretensión de heredar sus emblemas sin haber participado de la dinámica mental y social que le dio vida, sin haber conquistado sus victorias ni padecido sus sufrimientos, no es más que una sonora impostura. Nuestra historia suele caracterizarse por esa tendencia a pensar que basta repetir con embeleso las palabras que expresaron una época para ya participar de ella. Basta que gritemos Liberté, Egalité y Fraternité, para que reinen entre nosotros la luminosa libertad, la generosa igualdad, la noble fraternidad, para que ya hayamos hecho nuestra revolución, Pero en realidad nos apresuramos a proferir esos gritos para evitar que llegue esa revolución y para simular que ya la hicimos.

Ciento ochenta años después de su independencia del Imperio Español, la colombiana es una sociedad anterior a la Revolución Francesa, anterior a la Ilustración y anterior a la Reforma Protestante. Bajo el ropaje de una república liberal es una sociedad señorial colonizada, avergonzada de sí misma y vacilante en asumir el desafío de conocerse, de reconocerse, y de intentar instituciones que nazcan de su propia composición social. Desde el

Descubrimiento de América, Colombia ha sido una sociedad incapaz de trazarse un destino propio, ha oficiado en los altares de varias potencias planetarias, ha procurado imitar sus culturas, y la única cultura en que se ha negado radicalmente a reconocerse es en la suya propia, en la de sus indígenas, de sus criollos, de sus negros, de sus mulatajes y sus mestizajes crecientes.

También se ha negado, después de que fuera ahogada en sangre la experiencia magnífica de la Expedición Botánica, a reconocerse en su naturaleza. Por ello ahora paga las consecuencias de su inaudita falta de carácter. Ha permitido que sean otros pueblos los que le impongan una interpretación social y ética de algunas de sus riquezas naturales. Ha asumido el pasivo y miserable papel de testigo de cómo la lógica dé la sociedad industrial transforma por ejemplo la hoja de coca en cocaína, la consume frenéticamente, irriga con su comercio las venas de su economía, y finalmente declara a los países que la cultivan, la procesan y la venden como los verdaderos responsables del hecho y los únicos que deben corregirlo. Así, un problema que compromete la crisis de la civilización, la incapacidad de las sociedades modernas para brindar serenidad y felicidad a sus muchedumbres, el vacío ético propio de una edad que declina, y la necesidad creciente de esta época por aturdirse con espectáculos y sustancias cada vez más excitantes, es convertido por irresponsables gobiernos y por imperios inescrupulosos en un problema de policía, y siempre son los serviles países periféricos que se involucran los que terminan siendo satanizados por el dedo imperial. Ello porque es ley fundamental de todo poder que la culpa siempre sea de los otros, y sobre todo de los débiles.

La razón por la cual a los seres humanos nos cuesta tanto trabajo encontrar las causas de los males, es porque lo último que hacemos es mirar nuestro corazón. Siempre miramos el corazón del vecino para encontrar al culpable, y nos aturdimos con la presunción infinita de nuestra propia inocencia. Así obra el imperio. Incita, paga, consume, produce sustancias procesadoras, pule procedimientos, desarrolla métodos de mercadeo, sostiene inmensos aparatos estatales dedicados a instigar el tráfico para conocerlo y poder reprimirlo, permite que legiones de funcionarios se

envilezcan y traicionen en nombre de la patria y de la comunidad, sacraliza prácticas degradantes y repugnantes bajo la vieja enseña de que el fin justifica los medios, y finalmente se declara inocente víctima de una conspiración y convoca a la cruzada de los puros contra los demonios.

Pero esto que ocurre en el campo de las relaciones internacionales, y que repite lo que ocurrió siempre en las desiguales relaciones entre el país y los otros, es apenas uno de los marcos en los cuales se mueve la increíble realidad de nuestro país.

¿Cómo se sostiene una sociedad en la que todos saben que prácticamente nada funciona? Desde los teléfonos públicos que no sirven para hacer llamadas hasta los puentes que no sirven para ser usados y los funcionarios públicos que no sirven para atender a las personas y las fuerzas armadas que no sirven para defender la vida de los ciudadanos y los jueces que no sirven para juzgar y los gobiernos que no sirven para gobernar y las leyes que no sirven para ser obedecidas, el espectáculo que brindaría Colombia a un hipotético observador bienintencionado y sensato sería divertido si no fuera por el charco de sangre en que reposa.

Cualquier colombiano lo sabe: aquí nada sirve a un propósito público. Aquí sólo existen intereses particulares. El colombiano sólo concibe las relaciones personales, sólo concibe su reducido interés personal o familiar, y a ese único fin subordina toda su actividad pública y privada. Palabras como «patria» causan risa en Colombia, y los únicos seres que creen en ellas, los soldados que marchan cantando hacia los campos de guerra, son inocentes víctimas que lo único que pueden hacer por la patria es morir por ella. Todos los demás tienen montado un negocio particular. Y lo más asombroso es que el Estado mismo es el negocio particular de quienes lo administran a casi todos los niveles. ¡Ay del que pretenda llegar a moralizar o a dar ejemplo en semejante sentina, de apetitos! ¡Ay del funcionario que intente trabajar con eficiencia, cuando todos los otros derivan su seguridad de una suerte de acuerdo tácito para entorpecerlo todo y para permitir que el Estado no sea más que un organismo perpetuador del desorden y de la ineficiencia social!

Del Estado colombiano se puede decir que presenta dos características absolutamente contradictorias. Esto es: es un Estado que no existe en

absoluto, y es un Estado que existe infinitamente. Si se trata de cumplir con las funciones que universalmente les corresponden a los Estados: brindar seguridad social, brindar protección al ciudadano, garantizar la salud, la educación, el aseo público, la igualdad ante la ley, el trabajo, la dignidad de los individuos, reconocer los méritos y castigar las culpas, el Estado no existe en absoluto. Pero si se trata de cosas ruines: saquear el tesoro público, atropellar a la ciudadanía, perseguir a los vendedores ambulantes, desalojar a los indigentes, lucrarse de los bienes de la comunidad y sobre todo garantizar privilegios, el Estado existe infinitamente. Nunca se ha visto nada más servicial con los poderosos y más crecido con los humildes que el Estado colombiano. ¿Y ello por qué? Porque desde hace mucho tiempo el Estado en Colombia es simplemente un instrumento para permitir que una estrecha franja de poderosos sea dueña del país, para abrirles todas las oportunidades y allanarles todos los caminos, y al mismo tiempo para ser el muro que impida toda promoción social, toda transformación, toda sensibilidad realmente generosa. El Estado colombiano es un Estado absolutamente antipopular, señorial, opresivo y mezquino, hecho para mantener a las grandes mayorías de la población en la postración y en la indignidad. No hay en él ni grandeza ni verdadero espíritu nacional. Antes, para comprobar esto había que ir a ver cómo se mantienen en el abandono los pueblos del litoral pacífico, los pueblos del interior de Bolívar, las regiones agrícolas, las aldeas perdidas; ahora basta con recorrer las calles céntricas de la capital, ahora no hay un solo campo de la realidad en el que podamos decir que el Estado está ayudando a la nación, está formulando un propósito, está construyendo un país.

Pero ¿dónde están las autorrutas, dónde están los puentes, dónde están los ferrocarriles, dónde están los astilleros, dónde están los puertos, dónde está la justicia, dónde está la seguridad social, dónde está la agricultura, dónde está el empleo, dónde está la seguridad de los campos, dónde está la labor del Estado? ¿Esta rapiña, esta mezquindad, esta irresponsabilidad en todos los campos de la vida, es el Estado ante el cuál debemos doblegarnos, y al cual no podemos criticar porque se nos acusaría de atentar contra las instituciones? A mí me enseñaron desde niño que toda tiranía se disfraza con la máscara de la respetabilidad, pero que es fácil saber cuándo una

nación está en manos de un tirano, Si nadie puede esperar de él soluciones, si el país entero pierde la esperanza, si la gente tiene miedo de exigir, de criticar, de reprobar. Si reinan la impunidad y la miseria, si los campos están en manos de la guerrilla, las ciudades en manos de la delincuencia, la economía en manos de los traficantes y las relaciones con el mundo en manos de los delegados del imperio, ¿es eso un Estado nacional? ¿No será más bien la vergonzosa tiranía de una casta de burócratas irresponsables dedicados a adularse los unos a los otros, la coreografía de venias recíprocas de todos los agentes de la corrupción? ¿Dónde está la inmensa riqueza nacional que pregonan los diarios económicos especializados? ¿Por qué beneficia tan poco a la comunidad en su conjunto? ¿Qué mascarada es esta a la que le damos el nombre de instituciones?

Pero lo más grave de todo esto, o tal vez lo único grave, no es que no sepamos dónde están las grandes obras ni los grandes propósitos ni los grandes ejemplos. Lo grave es que no sabemos dónde está el inmenso país que padece estas miserias políticas. Nadie se queja, nadie se rebela. Nadie sale en defensa del legítimo derecho a la indignación. Nadie viene a repetirnos que Colombia fue una gran nación y que se fundó sobre grandes ideales. El pueblo está mudo. Que está pobre, lo sabemos por las estadísticas. Que está sin trabajo, lo sabemos por las estadísticas. Que no tiene protección, lo sabemos por las estadísticas. Pero ¿dónde están los que reclaman, los que se afirman, los que exigen? ¿Dónde están siquiera los que piden?

No se oye nada.

Silencio y bruma. Soplos de lo arcano.

La luz mentira, la canción mentira.

Sólo el rumor de un vago viento vano.

Volando en los velámenes expira^[1].

Esto que oía el poeta hace setenta años, es lo que seguimos oyendo. Pero si nadie se queja, ¿no será entonces que toda esta invectiva es una desmesurada injusticia? ¿No será que sí hay un esfuerzo del Estado por cumplir con su deber y que por ello la ciudadanía calla y espera? ¿No

tendrán razón los grandes diarios cuando dicen que este es un pueblo ejemplar y paciente que sabe comprender los esfuerzos de la clase dirigente por educarlo, por cultivarlo, por adecentarlo? La turba ignara tal vez no merece mucho, pero por lo visto sabe agradecer. No se rebela, ni siquiera pide, simplemente espera con una paciencia ejemplar a que caiga en su mano algún día la recompensa de tan larga espera.

Pero la verdad es que el pueblo nada espera. O dicho mejor, ni siquiera espera. Colombia, hay que decirlo, tiene una característica triste: es un país que se ha acostumbrado a la mendicidad, y ello significa, es un país que ha renunciado a la dignidad. No sólo hay mendigos en las calles; el Estado quiere acostumbrar a la ciudadanía a mendigar. El Estado, por ejemplo, no cumple con sus funciones. No tiene dinero, dice, ya que los ciudadanos no tributan como debieran. Ahora bien, los ciudadanos no tributan como debieran porque el Estado no invierte sino que malversa fondos, malgasta y roba. Así el círculo irremediable se cierra. Pero como el Estado no cumple, aquí están los particulares. La empresa privada, por ejemplo, va a hacernos el favor de ayudar a la gente. A las comunas deprimidas, a los litorales abandonados, a los pueblos perdidos, llegan a veces las misiones de beneficencia de las empresas a hacer lo que el Estado no hizo. Por un lado, por supuesto, todas estas misiones filantrópicas obtienen del Estado exenciones y reconocimientos. Pero además la sociedad les debe gratitud a estos generosos apóstoles del interés público. ¿Qué hay de malo en ello? Que nos acostumbran a recibir y agradecer como limosna lo que se nos debe por derecho. Así la vida se vuelve un milagro sólo posible por la filantropía de unos cuantos, y la sociedad nunca está compuesta por individuos libres y altivos, por seres dignos y emprendedores que se sientan con derecho a exigir, que se sientan voceros de la voluntad nacional, sino por sumisos y agradecidos mendigos.

Pero el Estado mismo mendiga sin cesar, y sólo en este terreno asume su función de dar ejemplo. Si hay una catástrofe, un terremoto, digamos, y en una ciudad mediana se caen diez edificios, podemos estar seguros de que al ser entrevistado el jefe de la oficina de desastres a propósito de qué se está haciendo para responder al problema, el funcionario dirá: «Ya estamos pidiendo ayuda a los organismos internacionales». ¿Cómo? ¿Un país que no

es capaz de reconstruir diez edificios derrumbados? ¿Un país que en lo primero que piensa es en pedir limosna a los organismos planetarios? Ese es el ejemplo de nuestro Estado. Mientras aquí dentro los funcionarios y los contratistas vuelan con el dinero de los contribuyentes, que los organismos internacionales nos reconstruyan los edificios, Y así se extiende el más peligroso, el más desalentador, el más adormecedor de los males de la nación, la indignidad, la falta de orgullo, la aterradora falta de carácter que carcome al país y de la que son notables exponentes casi todos nuestros gobernantes.

A veces puede fallarles la memoria, a veces puede fallarles la responsabilidad, a veces puede fallarles la ética: siempre, en el momento en que es más necesario, les falla el carácter. Y en eso sólo demuestran que son tan colombianos como el resto, porque si de algo carece nuestro país es de carácter. Por eso no confiamos en nosotros mismos, por eso no nos sentimos en buenas manos cuando estamos en manos de nuestros paisanos, por eso no compramos lo que producimos y por eso sólo valoramos lo que producen otros, por eso casi no inventamos nada, y a la vez nunca valoramos lo que inventamos. Pero ¿somos culpables de no tener carácter? ¿Y en qué se revela que carecemos de él? En primer lugar, cuando algo ha llegado a ser tan propio, ya es preciso asumirlo como un destino, y frente a esto sólo es posible o afrontarlo o cambiarlo. No nos podemos refugiar en el pretexto de que no somos los causantes de nuestros males, de que somos hijos de la historia. Si somos hijos de la historia, la historia ha enseñado que puede dar vuelcos súbitos movida por la voluntad colectiva de cambiar. Pero ¿para qué cambiar? Allí es donde es necesario desnudar el peligro de la falta de carácter.

Por ejemplo, una enfermera se equivoca en la administración de una medicina. Si tiene carácter será capaz de afrontar la responsabilidad de su error, dará la alarma, dirá: «Me he equivocado, asumo mi falta, pero hagamos algo, no permitamos que esta persona se muera». Si no tiene carácter, procurará impedir que los otros se enteren del error, y con ello producirá una cadena de hechos horribles. Después el director de la clínica, con su correspondiente falta de carácter, en lugar de asumir el hecho, ocultará por tres días el error, negará ante los medios que haya ocurrido, y

todos sentiremos que este es un país en el que no podemos confiar en nadie. Esto se presentará en todos los campos de la vida, y terminaremos sintiendo que estamos en manos de irresponsables y de necios que no tienen el valor y la entereza de asumir las dificultades y de resolverlas con gallardía y con respeto por los demás. Por eso aquí, cada vez que alguien se equivoca, le ruge a su víctima, para que no se crea que va a mostrar la debilidad de asumir el error. Y si el otro reclama, se pondrá agresivo. Buena parte de nuestra agresividad es debilidad y estupidez. Así como nuestra crueldad corresponde a una penosa falta de imaginación.

¿No tenemos entonces ninguna virtud? Yo creo que tenemos muchas. Pero la verdad es que sólo las advertiremos cuando reconozcamos nuestros defectos. Uno de ellos es la simulación. Es un defecto que nace del sentimiento de inferioridad. La señorita que viaja a Miami siente que por ser colombiana es naturalmente inferior a los norteamericanos. Así que al volver intentará mostrar que su viaje la ha transformado por el método abreviado en una extranjera, o ha aligerado su vergonzosa condición criolla. Simulará entonces pertenecer a esa tradición ilustre. Así, esa simulación, esa impostura, que parece arrogancia, es un acto de servilismo y de ridícula humildad. Es lo que pasa cuando los publicistas criollos hablan entre sí en inglés para deslumbrarse mutuamente, cuando los jóvenes tratan de impresionarse con las marcas de las prendas que usan. Toda autenticidad es considerada una penuria, porque se tiene un sentimiento profundo de indignidad y de pequeñez, entonces hay que afirmarse en las marcas, en las poses, en los símbolos. El joven que pase unos meses en Francia llegará visiblemente metódico, el que pase unos en Alemania llegará severamente sistemático, y ello en principio no evidencia capacidad de aprendizaje ni hospitalidad mental sino la misma antigua debilidad de carácter. Esa que hace que los comerciales de televisión estén llenos de gente de rasgos finos y ojos claros, porque los mestizos que manejan el país desde siempre siguen avergonzados de sus rostros, de su lenguaje, de su espíritu: sólo las fisonomías sacralizadas por una estética servil, sólo los gustos heredados por nuestra tradicional falta de originalidad, pueden ser expresados. Así seguimos jugando al juego de que somos exclusivamente una nación blanca, católica y liberal, aunque nuestras ciudades sean el ejemplo de

mestizaje y de mulataje más notable del continente; aunque nuestra vida religiosa sea la más asombrosa combinación de espiritismo, santería, brujería, animismo e hipocresía que pueda encontrarse: aunque nuestra vida política se caracterice porque el presidente de la república es elegido por el diez por ciento de la población, exactamente el mismo porcentaje que vive directa o indirectamente del Estado.

Desde muy temprano en nuestro país se dio esa tendencia a excluir y descalificar a los otros, que nos ha traído hasta las cimas de intolerancia y de hostilidad social que hoy padecemos. Un colombiano casi no se reconoce en otro si no median una larga serie de comprobaciones de tipo étnico, económico, político, social y familiar; si no se hace una pormenorizada exploración acerca del sitio en que trabaja, el barrio en que vive, la ropa que usa y la gente que conoce. Y por supuesto esta hostilidad no es sólo de los ricos hacia los pobres: éstos a su vez sienten el malestar de relacionarse con gente que pertenece a otro mundo, y no dejan de expresar el desagrado que les causa el ritual de simulaciones que caracteriza la vida social de las otras clases. El desprecio señorial por los humildes tiene en este país uno de sus mayores reductos. Muchos creerían que esto es un fenómeno universal, pero basta visitar otros países para comprender que en ellos ciertos principios de la democracia son realidades, no perfectas por supuesto, pero sí mucho más aproximadas al ideal que la democracia sugiere. Países sin condiciones extremas de miseria, países que respetan el trabajo humano, lo valoran y lo recompensan, países que no se permiten la indignidad de tener sus calles infestadas de mendigos, países que no se permiten el espectáculo degradante de tener en las calles personas que se alimentan de las basuras. Porque ahí están desnudos el absurdo y la insignificancia de nuestras ínfulas cortesanas. Mientras en Norteamérica se dice simplemente «La Casa Blanca», para aludir al centro de gobierno más poderoso del planeta, en este país la sede de gobierno sigue llamándose «Palacio», como aprendimos a decirlo desde los tiempos en que la sombra del Escorial daba penumbra a nuestras almas. Y los gobiernos no sienten vergüenza de que El Palacio esté a unos cuantos metros del último pozo de la miseria humana: «La Calle del Cartucho» donde se confunden con la basura y con las costras de la tierra numerosos seres humanos de esos que

nuestra insensibilidad llama «desechables». Pero tal vez lo que quieren los gobiernos es que se advierta en ese símbolo: el poder y la escoria conviviendo en el mismo barrio, la plenitud caricatural de nuestras instituciones.

Tradicionalmente los países logran una identificación consigo mismos a partir de sentirse miembros de una misma etnia, de una misma tradición, a partir de la evidencia de unas afinidades. Pero la principal característica de la modernidad inaugurada por el Descubrimiento de América, es la convergencia sobre cada territorio de la mayor diversidad étnica, religiosa y cultural imaginable.

Los imperios siempre fueron víctimas de una contradicción profunda. Pretenden unificar al mundo bajo una sola potestad, pero en este afán arrancan a las culturas particulares de sus nichos aislados y las ponen en contacto con otras. El resultado no suele ser la disolución de las naciones y de las tribus bajo el influjo de la cultura oficial, sino más bien una exacerbación de los nacionalismos. El Imperio Romano fracasó en el intento de unir a la humanidad, siguiendo la divisa de Alejandro: Un solo imperio bajo un solo Dios. Las culturas locales nunca dejaron de existir, y hoy, veinte siglos después, Europa es un continente tan escindido en culturas particulares, en tradiciones y lenguas distintas, como lo era cuando el imperio intentaba prevalecer. Finalmente el arrogante poder de los emperadores y los patricios sucumbió a las migraciones que el mismo poder de Roma suscitaba. La espléndida y turbulenta capital se convirtió en un centro magnético que atraía hombres y mujeres de todos los confines, y ese asedio de las orillas contra el centro del Imperio es lo que llamamos su declinación y caída. Hoy ocurre algo análogo. El gran imperio contemporáneo, al exaltar su modelo de vida como ley universal, no logra impedir que las crédulas muchedumbres del planeta se precipiten hacia el centro atraídas por el imán irresistible. Pero las hordas de inmigrantes no vienen a someterse a los paradigmas de la civilización, vienen ávidas de aprovechar sus ventajas sin renunciar a sus peculiaridades nacionales. Alguna vez los inmigrantes al territorio norteamericano, por ejemplo, buscaban ser americanos, olvidar en el esplendor de su nueva condición las penurias de sus viejas patrias, la persecución y la pobreza. América era el

reino de la esperanza, Hoy nadie ignora que los pobres del mundo llegan allí, no porque estén decepcionados de sus patrias de origen, a las que llevan cada vez más ardientes en el corazón, sino porque los arrastra la necesidad. América no es ya reino de esperanza sino reino de desesperación. No es extraño que los inmigrantes aprovechen las ventajas del nuevo mundo pero se sientan pertenecer cada vez más al pequeño país del que proceden, y ello es más fuerte aún porque las comunicaciones modernas les permiten un contacto casi cotidiano con sus orígenes.

Colombia fue incorporada a la modernidad por el Descubrimiento, y sería difícil encontrar una nación que reúna en su seno tantas contradicciones típicas de nuestra época. Está en ella desde el comienzo el conflicto entre los pueblos nativos y los pueblos invasores. Como este conflicto no llevó a un exterminio de la población nativa al modo de Norteamérica, surgió un tercer elemento en conflicto, el mestizaje, que por ser hijo de razas que se repelían y se descalificaban mutuamente, no vino a ser una síntesis sino un nuevo contendor, incapaz de identificarse consigo mismo y que buscó siempre en lo distante y en lo ilustre su justificación y su lenguaje. Están también los pueblos afroamericanos, cuyos padres llegaron en condición de extranjeros y de esclavos. Sus hijos actuales, liberados teóricamente de la esclavitud, siguen siendo mirados como extranjeros por el resto de la sociedad, y aún no han emprendido una gran toma de posesión del mundo al que irrenunciablemente pertenecen. Pero además de los conflictos étnicos, negados enfáticamente por el establecimiento aunque saltan a la vista de mil maneras distintas en la vida diaria, un conflicto más hondo es el que se da entre las elites económicas y políticas y el resto de la sociedad, discriminado por su pobreza y excluido de toda oportunidad. A esto se añade el hecho de que a partir de los años cuarenta comenzó un proceso descomunal de éxodo de los campesinos hacia las ciudades, huyendo de la despiadada violencia rural, proceso que invirtió en menos de medio siglo las proporciones de población urbana y de población campesina. Esto no sería tan grave si no fuera porque ese reducido sector urbano, acaudillado por la arrogante capital de la república, se avergonzaba profundamente del país al que pertenecía, y recibió a los campesinos con una incomprensión, una hostilidad y una inhumanidad

verdaderamente oprobiosas. Los campesinos venían de una cultura largamente establecida. Tenían una sabiduría en su relación con la tierra, un lenguaje lleno de gracia, en el que la rudeza y la ternura encontraban una expresión elocuente y vivaz. Eran seres dignos y serenos incorporados a una relación profunda y provechosa con el mundo. De la noche a la mañana, estos seres se vieron arrastrados por un viento furioso que los arrancó a la antigua firmeza de su universo y los arrojó sin defensas en un mundo implacable. Su sencillez fue recibida como ignorancia, su nobleza como estupidez, su sabiduría elemental como torpeza. Es imposible describir de cuántas maneras las inmensas masas de campesinos expulsados se vieron de pronto convertidos en extranjeros en su propia patria, y el calificativo de «montañero» se convirtió en el estigma con el cual Colombia le dio la espalda a su pasado y abandonó a sus hijos en manos de los prejuicios de la modernidad. De pronto el país de la simulación, incapaz de construir algo propio en qué reconocerse, descubría los paradigmas del progreso sólo para utilizarlos contra sí mismo, y se plegaba como siempre, sin criterio, sin carácter, sin reflexión y sin memoria, a los dictados de un hipotético mundo superior.

La principal característica de las clases dirigentes colombianas no ha sido la maldad, la crueldad o la falta de nobleza, sino fundamentalmente la estupidez. O, mejor dicho, es de esa estupidez que brotan como cabezas de hidra todos los otros males. En todos los países del mundo hay ricos y pobres, hay gentes favorecidas por la fortuna y gentes abandonadas por ella. Pero las clases dirigentes de muchos países no sólo asumieron desde temprano sus deberes patrióticos, se identificaron con la realidad a la que pertenecían y admitieron un principio de dignidad en las multitudes de sus naciones, sino que intentaron ser coherentes. Cuando fundaron instituciones basadas en principios elementales de igualdad de oportunidades y de respeto por la dignidad humana, procuraron al menos ser fieles a esos principios. Algo les enseñó que uno no puede impunemente permitir que proliferen la miseria y la indignidad. A ello contribuyó en muchas partes la ética de unas religiones que se sentían responsables por sus fieles, una ética que comprometía la conducta, mientras ya se sabe que la ética religiosa de nuestra nación se basa asombrosamente en el criterio de que «el que peca y

reza empata», y sugiere que la vida religiosa no consiste en obrar bien sino en arrepentirse a tiempo. Aquí las gentes se sienten cumpliendo con sus deberes religiosos no si son nobles y generosas con los demás, de acuerdo con el precepto de Cristo, sino si cumplen con la liturgia. Para salvarse no había que cumplir con la humanidad, bastaba cumplir con la Iglesia.

Desde temprano se permitió, pues, que proliferara aquí la pobreza, porque esos seres de otras razas y otras culturas no merecían el respeto y la solicitud de la «gente bien», y apenas sí eran dignos de caridad. Por eso desde los tiempos coloniales hay en Bogotá «gamines», y no deja de ser significativo que hasta para nombrarlos se haya recurrido a la impostura de otra lengua. Llamándolos así, a la francesa, no sólo se legitimaba su existencia, sino que se establecía una distancia cultural con ellos. Hasta los niños indigentes les servían a estos criollos sin carácter para sentirse superiores, para sentirse finos e ilustres.

La idea de que la pobreza es problema de los pobres se abrió muy fácilmente camino en estas tierras de Dios. Desde entonces los poderosos sintieron que cumplían suficientemente con su deber si destinaban una fracción de sus riquezas a la caridad. Pero el Estado existió desde el comienzo para defender privilegios, y a pesar de pregonar con clarines su raíz republicana y revolucionaria, era ya ese engendro bifronte que seguiría siendo por siglos. Tenía un rostro para atender a los poderosos, hecho de deferencia y de servilismo, y otro, hecho de arrogancia y de ferocidad, para despachar a los pobres.

Las castas sensatas de otras naciones comprendieron que permitir la generalización de la miseria es avivar un peligro extremo. La pobreza no es problema de los pobres, es problema de toda la sociedad, y bien dijo Bernard Shaw hace muchas décadas que permitir que haya miseria es permitir que la sociedad entera se corrompa. Esa insensibilidad, ese egoísmo, esa falta de compromiso con los demás no nos los cobrarán en el infierno, nos los están cobrando aquí, en la tierra. Por permitir que haya miserables, seres desamparados que crecen en el hambre, en la indignidad y en la incertidumbre, todo lo demás va arruinándose. No es que en este país los pobres no puedan vivir, es que ya tampoco los ricos pueden hacerlo. Permitir que haya extrema pobreza es hacer que crezcan las verjas en torno

a las residencias, que se multipliquen las cerraduras, que sea necesario un ejército de vigilantes privados; es hacer que ya los hijos no puedan ir tranquilos al colegio, que no puedan salir confiadamente a los parques. La clamorosa estupidez de los dueños del país ha hecho finalmente que tampoco ellos puedan ser los dueños del país, que las calles sean tierra de nadie, que todos nos sintamos sentados sobre un polvorín.

Ahora, por fin, quienes se lucraron siempre de las miserias nacionales, los que aun de la pobreza de los otros hicieron su negocio, comienzan a sentir que «algo hiede, en Dinamarca» y se apresuran a buscar, como siempre, al culpable. Tardarán en comprender, como Edipo, quién es el responsable de las pestes de Tebas. Una increíble estupidez hizo que finalmente nadie pueda ya disfrutar de lo que tiene, y el país del egoísmo, de la mezquindad y de la exclusión se devora a sí mismo mientras se pregunta por qué, si todos soñamos la felicidad y la prosperidad, todos nos vemos hundidos en la incertidumbre y ahogados por el mal. Entonces nos agitamos señalando el mal fuera de nosotros, en la falta de valores de los demás, en la pérdida de las virtudes republicanas por parte del resto, en una satánica conspiración de malvados, porque no somos capaces de mirar nuestro corazón.

Chesterton decía que el bien no consiste simplemente en abstenerse de hacer el mal, que el bien no puede ser una virtud meramente negativa y pasiva, que el bien debe ser algo que obra, algo perceptible por sus frutos, así como el blanco es un color y no una simple ausencia de color.

Por eso he dicho al comienzo que el peor de los males de Colombia no es lo que se ve sino lo que no se ve. El inmenso pueblo excluido que no se manifiesta, o que tan plenamente ha perdido la confianza que prefirió replegarse hacia la vida personal, vivir al margen del Estado corrupto y hostil, procurando salvarse solo, como pueda, y entregado a la tarea a la vez precaria y heroica de rebuscar la subsistencia en una lucha de todos contra todos, porque ningún propósito colectivo puede ser reivindicado, porque ya nadie puede sentirse parte digna y orgullosa de una nación.

Ello es comprensible en la medida en que la retórica nacional envileció todo el lenguaje de las grandes causas, malgastó todas esas palabras enormes, esas abstracciones ilustres, hasta convertirlas en símbolos de la

traición y de la impostura. Creo sinceramente que después de Jorge Eliécer Gaitán ningún político ha vuelto a pronunciar palabras que de veras instauren una comunidad, unos lazos de solidaridad entre los colombianos. Desde entonces Colombia sigue despidiendo sus esperanzas en los cementerios y ahora, como un alto símbolo de la época, «no cree en nada».

El cuadro que nos ofrece la Colombia de hoy, intimidada por sí misma, acorralada por sí misma, hundida en un nudo de guerras crueles y estériles, donde todos los que obtienen algún beneficio cierran los ojos y se dicen de nuevo que es sólo por ahora, que ya pasará la tormenta, ese cuadro confuso podría ser descrito por estos versos de W. B. Yeats:

*Los mejores carecen de toda convicción,
En tanto que los peores
Están llenos de apasionada intensidad.*

Sí, el mal de Colombia es la incapacidad de reaccionar, la pérdida de la confianza, la pérdida de la esperanza, la abrumadora falta de carácter que hace que hayamos cometido el error de llegar a la sociedad que tenemos y en vez de reconocerlo cerremos los ojos, negándonos a la difícil pero prometedora transformación que nos está exigiendo la historia. Sólo cuando las grandes multitudes de este país, incluidos los sectores dirigentes que sean capaces de cambiar su necedad por algo más inteligente y más práctico, se llenen de la convicción de que el país sería mejor si nos dejáramos de imposturas, de simulaciones y de exclusiones; sólo cuando el país abatido y desconfiado se llene de la apasionada intensidad que hoy sólo tienen los que viven de la guerra y del caos, nos haremos dignos de un destino distinto, y podremos cambiar este coro de quejas inútiles que se oye en todas partes, por algo más alegre y más fecundo.

Nos gustaría que los teléfonos públicos sirvieran para hacer llamadas; que funcionaran los medios de transporte: que las autorrutas sirvieran para ser transitadas, que estuvieran señalizadas correctamente para que no nos cueste tanto trabajo el viaje más elemental; que la tecnología que usamos consulte al país en el que se aplica, y así no se hundan las carreteras porque esto ni se agrieten porque aquello; que los productos de nuestra naturaleza

sean conocidos y utilizados de un modo razonable, que no permitamos que sean otros pueblos y otros prejuicios los que nos dicten cómo manejar nuestras riquezas; que la Justicia funcione. Pero para ello es necesario saber cómo somos y a qué podemos comprometernos en un contrato social. Llevamos siglos desobedeciendo códigos perfectos, transgrediendo normatividades admirables y vanagloriándonos de la perfección de unas instituciones a las que nadie respeta.

Nos gustaría que los puentes no se cayeran. Que las fuerzas armadas sirvieran para defender la vida, honra y bienes de los ciudadanos, Que tuviéramos de verdad derecho al trabajo. Que el trabajo, como quería Jorge Eliécer Gaitán, fuera tan valorado entre nosotros como en esos pueblos a los que tanto admiramos y de los que tan poco aprendemos por entregarnos sólo a la vana simulación. Nos gustaría vivir en un país de gente digna, donde la pobreza no signifique desprecio social ni miseria moral, donde el Estado se esfuerce por dignificar a la población; donde los policías tengan para los pobres algo mejor que garrotes y aprendan a ser los servidores de la comunidad, en vez de las potestades arbitrarias que ahora se ven obligados a ser. Quisiéramos encontrar a lo largo y ancho de la incomparable geografía nacional pueblos dignos y serenos; que lo mejor que somos aflore en nuestros rostros; que no se mueran esa nobleza, esa hospitalidad, esa familiaridad que siempre caracterizaron a nuestros pueblos campesinos y que alientan todavía bajo las tensiones y las violencias de la modernidad.

Nos gustaría ver los ferrocarriles, los astilleros, los puertos; ver los litorales favorecidos por un Estado verdaderamente nacional y verdaderamente respetuoso. Y nos gustaría que el Estado colombiano, que ya ha obligado a la nación no sólo a vivir sin estímulos y sin protección, sino a vivir a pesar de sus instituciones, se convirtiera en un Estado mínimamente eficaz en las cuestiones básicas de interés público que le atañen, dejara de ser un instrumento para defender privilegios y garantizar desigualdades, y nos diera, como quería Borges de todo Estado. «Un severo mínimo de gobierno».

En Colombia hoy no se trata de construir un Estado infinitamente poderoso, intervencionista y molesto, ya que la sociedad por fortuna ha aprendido a vivir sin él, sino de desmontar la iniquidad de un Estado

antipopular y abusivo, cambiándolo por una administración simple pero respetable y activa, que le sirva a la sociedad para desplegar sus posibilidades y para enfrentar la rica e indócil naturaleza que nos ha correspondido. Un Estado que por fin se parezca al país, y que esté dirigido por una voluntad nacional, Pero para que eso pueda ocurrir, el Estado de los privilegios, las simulaciones y las imposturas, el Estado de la corrupción y del saqueo, de la insensibilidad y del irrespeto por el ciudadano debe desaparecer de un modo absoluto y no merece la menor consideración. Sus funcionarios, sus autoridades y sus políticos son apenas producto de los malos hábitos de una larga historia; no son ellos la causa sino la consecuencia del Estado que existe, así como el Estado es la consecuencia de la sociedad que somos y que debe cambiar si queremos sobrevivir.

Así, es claro para mí que no es el Estado el que puede cambiar a la sociedad, sino por el contrario la sociedad la que debe cambiar al Estado: no sólo su administración y sus funcionarios sino su estructura y su lógica. Pero para ello la sociedad misma debe hacerse otra, y sólo de la iniciativa social no estatal podrá salir esa sociedad nueva cuyo fundamento sea la semilla moral que hay en todos, y la insatisfacción y el hastío que ya siente la sociedad entera.

Colombia es hoy un país donde los pobres no pueden comer, la clase media no puede comprar y los ricos no pueden dormir. Sólo cambiando nuestra manera de estar juntos, sólo convocando a la dignidad de millones de seres e instándolos a ser el país, su rostro, sus voceros y sus propósitos, sólo dando por fin su lugar en la historia a las mayorías excluidas y degradadas por una arrogancia asombrosa, podremos esperar un país donde de nuevo sea motivo de orgullo y de grandeza vivir y morir.

Lo que nos enseñan las sociedades modernas es que todos estamos en las manos de todos. ¿Durante cuánto tiempo se resignarán los privilegiados a pagar sus privilegios con zozobra, avanzando por las avenidas entre nubes de guardaespaldas, sólo porque el país en que nacieron ha dejado de ser una patria y se ha erizado de enemigos? ¿Cuánto tiempo tardarán en entender que algo anda mal en el orden social si los ancianos no pueden caminar sosegadamente por los parques, si la desaparición accidental de un niño en un centro comercial produce un espanto indescriptible?

Nuestro mundo se ha enrarecido, pero ¿cómo extrañarnos de eso si su historia ha sido un proceso creciente de expropiación, no sólo de los haberes materiales sino de la dignidad y de la misma condición humana de legiones y legiones de seres? Si los funcionarios del Estado delinquen, si los depositarios de la fe pública saquean el tesoro, si los encargados de defender la ley y de velar por su majestad no se sienten sometidos a ella y la violan a su antojo, ¿cómo podremos reclamar que se comporten como ciudadanos los que crecen en el abandono, formados en la amargura y el resentimiento, los que no tienen nada que agradecerle a la sociedad, los que no esperan nada de ella? Es fácil descargar censuras y reprobaciones, pero un país digno no es ya algo que se nos deba por justicia, sino algo que tenemos que merecer por nuestros actos.

Como me decía hace poco un amigo, empezar de cero sería más fácil. Si la tarea fuera cambiar al gobierno, o cambiar a los funcionarios, o cambiar al Estado, todo sería relativamente sencillo. Sería un problema de campañas electorales, o de campañas moralizadoras, o a lo sumo de grandes cambios constitucionales. Pero es algo más vasto y a la vez más sutil lo que se requiere: es cambiar ese modo de nuestro ser que es el substrato en que reposa todo el desorden de nuestra nación. Y el principal legado de nuestro ser colombiano tiene que ver con lo que más nítidamente nos tipifica desde el comienzo.

La tarea más urgente de la humanidad en general es la tarea de reconocerse en el otro, la tarea de asumir la diferencia como una riqueza, la tarea de aprender a relacionarnos con los demás sin exigirles que se plieguen a lo que somos o que asuman nuestra verdad. Frente a los fascismos que hoy resurgen en tantos lugares del planeta se alza esta urgencia de hacer que en el mundo, persista la diversidad de la que depende la vida misma. El triunfo de un solo modelo, de un solo camino, de una sola verdad, de una sola estética, de una sola lengua, es una amenaza tan grande como lo sería en el reino animal el triunfo de una sola especie o en el reino vegetal el triunfo de un solo árbol o de un solo helecho.

En esta defensa de la diversidad cabe la lucha por la existencia de muchas naciones distintas, con sus lenguas distintas, con sus culturas, con sus indumentarias, con sus dioses y, si se quiere, con sus prejuicios. Y así se

ve mejor el peligro de las hegemonías y de los imperialismos. Cuando la guerra de los «boers» en Sudáfrica, a comienzos de siglo Chesterton se declaró partidario de los nacionalistas sudafricanos en nombre del nacionalismo inglés. Acusado de traición respondió: «Yo soy nacionalista. Ser nacionalista no es sólo querer a la propia nación sino aceptar que los demás tengan la suya. Ser imperialista, en cambio, es en nombre de la propia nación querer quitarle su nación a los otros».

Es en esta lucha por el reconocimiento del otro y el respeto por él donde se inscribe en nuestro tiempo la singular tarea de los colombianos, Porque como muchos países modernos y acaso un poco más, Colombia es por excelencia el país del otro, Y toda su desdicha ha consistido en la incapacidad de reconocerse en el otro porque el otro es siempre distinto, no es el hermano, ni el miembro de la etnia, ni el miembro de la tribu, ni el correligionario, ni el miembro de la misma clase social, ni del mismo partido. Cada colombiano es «el otro», lo distinto, lo que no se confunde conmigo. Esta extrema individualidad es el fruto de todas las tensiones de Occidente condensadas en un solo territorio. Del choque entre Europa y América, del choque entre los blancos y los indios, del choque entre los católicos y los paganos, del choque entre los amos y los esclavos, del choque entre las metrópolis y las colonias, del choque entre la barbarie y la civilización (y la imposibilidad de saber cuál es cuál), del choque entre los peninsulares y los criollos, del choque entre la capital y la provincia, del choque entre los ciudadanos y los «montañeros», del choque entre los ricos y los pobres, del choque entre los educados y los ignorantes, del choque entre los funcionarios y los particulares, del choque entre los caribeños y los andinos, del choque entre los que son gente y los que no son gente, del choque entre los federalistas y los centralistas, del choque entre los tradicionalistas y los radicales, del choque entre los camanduleros y los comecuras, del choque entre los liberales y los conservadores, del choque entre los bandoleros y las gentes de bien, del choque entre las fuerzas armadas y los subversivos, de las largas y recíprocas descalificaciones entre todos estos bandos que se odian y se niegan, sin saber que no son más que los herederos y los perpetuadores de una antigua maldición, en el país de los odios heredados y de las pedagogías de la intolerancia y del

resentimiento. Cada colombiano es «el otro», y tendrá que luchar contra su propio corazón para lograr ser un poco más generoso, un poco más tolerante, un poco más amistoso, un poco más hospitalario. Si no lo hacemos, seguiremos siendo el melancólico país donde ser inteligente consiste en ser «avisgado», es decir, capaz de engañar al otro sin escrúpulos; donde ser noble es ser idiota, donde diferir de los otros es despertar el coro de las murmuraciones, y donde una suerte de oscuro y agazapado fascismo sigue nutriéndose del odio y de la exclusión.

Borges habla de los hidrógrafos que afirmaban que basta un solo rubí para desviar el curso de un río. Bastaría una sola cosa para que Colombia cambie hasta lo inimaginable. Bastaría que cada colombiano se hiciera capaz de aceptar al otro, de aceptar la dignidad de lo que es distinto, y se sintiera capaz de respetar lo que no se le parece. Ese es el cambio a la vez vasto y sutil del que hablaba. Esa es tal vez la única revolución que necesita Colombia.

Julio de 1995

2. Colombia: el Proyecto Nacional y la Franja Amarilla

Hace poco tiempo una querida amiga norteamericana me confesó su asombro por la situación de Colombia. «No entiendo —me decía—, con el país que ustedes tienen, con el talento de sus gentes, por qué se ve Colombia tan acorralada por la crisis social; por qué vive una situación de violencia creciente tan dramática, por qué hay allí tanta injusticia, tanta inequidad, tanta impunidad. ¿Cuál es la causa de todo eso?». Por un momento me dispuse a intentar una respuesta, pero fueron tantas las cosas que se agolparon en mí que ni siquiera supe cómo empezar. Sentí que aunque hablara sin interrupción la noche entera, no lograría transmitirle del todo las explicaciones que continuamente me doy a mí mismo, tratando de entender el complejo país al que pertenezco. Por otra parte, entendí que muchas de mis explicaciones no le habrían gustado a mi amiga, o la habrían puesto en conflicto con su propia versión de la realidad.

Es frecuente para nosotros oír de labios generosos la deploración de esas desdichas y el asombro ante nuestra incapacidad para resolverlas. El primer asunto es, pues, preguntarse si de verdad la sociedad colombiana vive una situación excepcionalmente trágica, si es tan distinta esta realidad de la del resto de los países, o al menos de los países del llamado tercer mundo. Mi respuesta es que sí. Colombia es hoy el país con mayor índice de criminalidad en el planeta, y la inseguridad va convirtiendo sus calles en tierra de nadie. Tiene a la mitad de su población en condiciones de extrema pobreza, y presenta al mismo tiempo en su clase dirigente unos niveles de opulencia difíciles de exagerar. Muestra uno de los cuadros de ineficiencia

estatal más inquietantes del continente, al lado de buenos índices de crecimiento económico. Muestra fuertes niveles impositivos y altísimos niveles de corrupción en la administración. Muestra unas condiciones asombrosas de impunidad y de parálisis de la justicia y al mismo tiempo una elevada inversión en seguridad, así como altísimos costos para la ciudadanía en el mantenimiento del aparato militar. Muestra las más deplorables condiciones de desamparo para casi todos los ciudadanos, y sin embargo es un país donde no se escuchan quejas, donde prácticamente no existen la protesta y la movilización ciudadana: una suerte de dilatado desastre en cine mudo.

Esto último es pasmoso. La visible pasividad de la sociedad colombiana alarma a los visitantes. En las recientes huelgas que conmocionaron a Francia pudo verse cómo una sociedad que vive relativamente bien en términos económicos y protegida por un Estado responsable, sabe reaccionar en bloque ante todo lo que la lesione, no se deja pisotear en sus derechos y se resiste a que se menoscaben los privilegios que ha conquistado. Ver a los franceses marchando por las calles, armando barricadas ante un gobierno cuya legitimidad no desconocen, y haciendo temblar a las instituciones, nos confirma que Francia es el país de la Revolución, que ese país es respetable porque tiene orgullo y porque tiene dignidad, porque sabe de lo que es capaz cuando sus gobernantes olvidan que son pagados por el pueblo y que son apenas los representantes de su voluntad. Ante ese ejemplo se hace más incomprensible que una sociedad como la colombiana (donde ni siquiera los sectores fabulosamente ricos pueden sentirse satisfechos, pues el Estado que sostienen ya ni siquiera les garantiza la vida, donde nadie está protegido, donde el Estado no cumple sus más elementales deberes y donde todos los días ocurren cosas indignantes) sea tan incapaz de expresarse, de exigir, de imponer cambios, de colaborar siquiera con su presión o con su cólera a las transformaciones que todos necesitamos. ¿Qué es lo que hace que Colombia sea un país capaz de soportar toda infamia, incapaz de reaccionar y de hacer sentir su presencia, su grandeza?

Muchos aventuran la hipótesis de que esa aparente pobreza de espíritu y esa debilidad de carácter se deben a las características biológicas y

genéticas de la población: sería, pues, la expresión de una fatalidad ineluctable. Otros sostienen lo mismo con respecto a los índices de criminalidad: revelarían una incurable enfermedad, y harían de nosotros un pobre pueblo sin salvación y sin remedio. Pero la verdad es que nuestros índices de violencia y nuestra actual ineptitud política son hechos históricos susceptibles de explicación. Más aún, se diría que las explicaciones son tan evidentes e incluso tan sencillas que se requiere estupidez o malevolencia para aventurar dictámenes fatalistas. Ninguna persona sensata sostendría que por el hecho de haber precipitado en cinco años la muerte de 50 millones de seres en condiciones de crueldad y de sevicia escandalosas, la sociedad europea revele una patología siniestra e incurable. Ninguna persona sensata sostendría que por el hecho de que la sociedad estadounidense haya sacrificado medio millón de personas en tres años de guerra para impedir su propia Secesión y haya alentado después la Secesión de Panamá para hacerse al canal interoceánico más importante del mundo, de que haya participado en las guerras de Nicaragua, haya arrojado bombas atómicas sobre ciudades japonesas, haya invadido Vietnam, haya apoyado a los peores dictadores del Caribe y de Centroamérica, y haya bombardeado a Bagdad, eso signifique que los norteamericanos padecen de alguna monomanía agresiva irremediable. Los historiadores vendrán en nuestro auxilio para explicarnos las precisas condiciones históricas que llevaron a aquellas sociedades y a sus gobiernos a participar en esas realidades escabrosas.

Colombia vive momentos dramáticos, pero quien menos le ayuda es quien declara, por impaciencia, por desesperación o por mala fe, que esas circunstancias son definitivas, o que obedecen a causas ingobernables. Más bien yo diría que lo que vivimos es el desencadenamiento de numerosos problemas represados que nuestra sociedad nunca afrontó con valentía y con sensatez; y la historia no permite que las injusticias desaparezcan por el hecho de que no las resolvamos. Cuando una sociedad no es capaz de realizar a tiempo las reformas que el orden social le exige para su continuidad, la historia las resuelve a su manera, a veces con altísimos costos para todos. Y lo cierto es que Colombia ha pospuesto demasiado tiempo la reflexión sobre su destino, la definición de su proyecto nacional,

la decisión sobre el lugar que quiere ocupar en el ámbito mundial; ha pospuesto demasiado tiempo las reformas que reclamaron, uno tras otro, desde los tiempos de la Independencia, los más destacados hijos de la nación, Casi todos ellos fueron sacrificados por la mezquindad y por la codicia, y hoy es larga y melancólica la lista de lúcidos y clarividentes colombianos que soñaron un país grande y justo, un país afirmado en su territorio, respetuoso de su diversidad, comprometido con un proyecto verdaderamente democrático, capaz de ser digno de su riqueza y de su singularidad, y que pagaron con su vida, con su soledad o con su exilio el haber sido fieles a esos sueños.

Si hay algo que nadie ignora es que el país está en muy malas manos. Quienes se dicen representantes de la voluntad nacional son para las grandes mayorías de la población personas indignas de confianza, meros negociantes, vividores que no se identifican con el país y que no buscan su grandeza. Pero ello no es nuevo. Si algo caracterizó a nuestra sociedad desde los tiempos de la Independencia, es que sistemáticamente se frustró aquí la posibilidad de romper con los viejos esquemas coloniales. Colombia siguió postrada en la veneración de modelos culturales ilustres, siguió sintiéndose una provincia marginal de la historia, siguió discriminando a sus indios y a sus negros, avergonzándose de su complejidad racial, de su geografía, de su naturaleza. Esto no fue una mera distracción, fue fruto del bloqueo de quienes nunca estuvieron interesados en que esa labor se realizara. Desde el comienzo hubo quien supo cuáles eran nuestros deberes si queríamos construir una patria medianamente justa e impedir que a la larga Colombia se convirtiera en el increíble nido de injusticias, atrocidades y cinismos que ha llegado a ser. No podríamos decir que fue por falta de perspectiva histórica que no advertimos cuán importante es para una sociedad reconocerse en su territorio, explorar su naturaleza, tomar conciencia de su composición social y cultural, y desarrollar un proyecto que, sin confundirlos, agrupe a sus nacionales en unas tareas comunes, en una empresa histórica solidaria.

Siempre pienso en eso que no hicimos a tiempo cuando recuerdo aquellos hermosos versos que leyó Robert Frost en la posesión de John Kennedy, donde declara la clave del destino de los Estados Unidos; cómo

ese país que es históricamente nuestro contemporáneo cumplió una tarea que aún nosotros no hemos cumplido:

*Esta tierra fue nuestra
antes de ser nosotros de esta tierra.
Fue nuestra más de un siglo
antes de convertirnos en su gente.
Fue nuestra en Massachusetts, en Virginia,
pero éramos colonos de Inglaterra,
poseyendo una cosas que aún no nos poseían,
poseídos de aquello que ya no poseíamos.
Algo que nos negábamos a dar gastaba nuestra
fuerza,
hasta entender que ese algo fuimos nosotros
mismos,
que no nos entregábamos al suelo en que
vivíamos,
y desde aquel instante fue nuestra salvación el
entregarnos.*

La historia de Colombia es la historia de una prolongada postergación de la única aventura digna de ser vivida, aquella por la cual los colombianos tomemos verdaderamente posesión de nuestro territorio, tomemos conciencia de nuestra naturaleza —una de las más hermosas y privilegiadas del mundo—, tomemos conciencia de la magnífica complejidad de nuestra composición étnica y cultural, creemos lazos firmes que unan a la población en un orgullo común y en un proyecto común, y nos comprometamos a ser un país, y no un nido de exclusiones y discordias donde unos cuantos privilegiados, profundamente avergonzados del país del que derivan su riqueza, predicán día y noche un discurso mezquino de desprecio o de indiferencia por el pueblo al que nunca supieron honrar ni engrandecer, que siempre les pareció «un país de cafres», una especie subalterna de barbarie y de fealdad.

La primera traición a ese sueño nacional la obraron los viejos comerciantes que, preocupados sólo por sus intereses privados, se impusieron en el gobierno de la joven república para bloquear toda posibilidad de una economía independiente, y permitieron que el país siguiera siendo un mero productor de materias primas para la gran industria mundial y un irrestricto consumidor de manufacturas extranjeras. Así como nuestras sociedades coloniales habían provisto a las metrópolis de la riqueza con la cual construyeron sus ciudades fabulosas y desarrollaron su revolución industrial, así nuestro acceso a la república no impidió que siguiéramos siendo los comparsas serviles de esas economías hegemónicas, y siempre hubo entre nosotros sectores poderosos interesados en que no dejáramos de serlo. Ello les rendía beneficios: siempre hubo una aristocracia parroquial arrogante y simuladora que procuraba vivir como en las metrópolis, disfrutando el orgullo de ser mejores que el resto, de no parecerse a los demás, de no identificarse con el necesario pero deplorado país en que vivían. Nunca he dejado de preguntarme por qué los que más se lucran del país son los que más se avergüenzan de él, y recuerdo con profunda perplejidad el día en que uno de los hijos de un ex presidente de la república me confesó que la primera canción en español la había oído a los 20 años. Allí comprendí en manos de qué clase de gente ha estado por décadas este país. Aquellos príncipes de aldea con vocación de virreyes sólo salían a recorrerlo cuando era necesario recurrir a la infecta muchedumbre para obtener o comprar los votos.

También desde el comienzo, a pesar de que han sido poquísimos los casos de guerras entre naciones en este continente, se generó una tradición de privilegios para el estamento militar, porque los gobiernos, que casi siempre descuidaban la suerte de las muchedumbres humildes, necesitaban brazo fuerte y pulso firme a la hora de conjurar rebeliones. Y ello resulta a su modo razonable, porque cuando se construye un régimen irresponsable y antipopular se hace absolutamente necesaria la fuerza para mantener a cualquier precio un orden o desorden social que el pueblo difícilmente defendería como suyo. ¿Quién ignora aquí que las grandes mayorías de Colombia no tienen nada que agradecerle al Estado tal como está constituido, y que por ello no están tan dispuestas como en otros países a

entregarle sus jóvenes? Es triste recordar que durante mucho tiempo las clases privilegiadas, las más defendidas por el Estado, pagaron para librar a sus hijos del servicio militar que los pobres tenían que cumplir irremediamente. Y es verdad que los jóvenes deploran tener que ir a un ejército cuya principal función es enfrentarse con su propio pueblo. Todo Estado tiene que demostrar su legitimidad, su desvelo por la gente, para merecer la adhesión y la lealtad de su pueblo, y es un axioma que si el pueblo no es patriótico es porque el Estado no le da buen ejemplo.

Grandes esfuerzos históricos intentaron cumplir la tarea imperiosa de afirmarse en una tradición y construir una patria. De los primeros y más valiosos fue la Expedición Botánica, que empezó a revelar al mundo la exuberancia de nuestra flora tropical y que despertó en una generación el sorprendente orgullo de pertenecer a los inexplorados trópicos de América. Una de las consecuencias de esa expedición fue el movimiento de Independencia, pero la Reconquista frustró la paciente labor de tantos sabios y artistas, y dos siglos después la Expedición Botánica sigue siendo una obra inconclusa. Colombia posee, según es fama, la mayor diversidad de pájaros del mundo, pero es tan inconsciente de sus riquezas que el libro más completo sobre las variedades de aves colombianas, *Birds of Colombia*, no está traducido al español. En la segunda mitad del siglo XIX emprendió sus tareas la Comisión Corográfica, y sin embargo aún hoy Colombia sigue siendo un país sin un proyecto territorial, sin un plan de desarrollo sensato y propio, sin un censo aprovechado de sus recursos. El Estado, omnipotente a la hora de imponer tributos y de reprimir descontentos, es la impotencia misma a la hora de impedir saqueos, de moderar depredaciones y de proteger el patrimonio. Y ello porque en realidad no es un Estado que represente una voluntad nacional, y que pueda apoyarse en ella para esas grandes decisiones que exigen en nombre de todos poner freno a la codicia de unos cuantos, sino que representa sólo intereses mezquinos y está hecho para defenderlos, a veces, incluso, con ferocidad.

Verdad es que grandes poderes externos estuvieron interesados desde siempre en mantener nuestra economía en condiciones desventajosas, que les permitieran realizar aquí sus negocios en los mejores términos. Para la gran industria mundial fue una prioridad garantizar su provisión de materias

primas, y mantener aquí una clase privilegiada en condiciones de consumir productos de importación. Una de las verdades que no sabría explicar con claridad a mi amiga es por qué y de qué manera el gobierno norteamericano apoyó siempre a los partidarios colombianos del libre cambio, que abrían nuestras fronteras a sus productos, e incluso patrocinó siempre a alguno de los bandos en las guerras civiles que desgarraron a Colombia durante el siglo XIX. Ella sentirá la extrañeza de que los colombianos seamos desventurados, pero difícilmente entenderá que no hemos estado solos en la construcción de nuestra penuria, que muchas veces su propio Estado participó en la preparación y el diseño de nuestro caos actual. Cuando se pensaba que el urgente canal interoceánico centroamericano pasaría por Nicaragua, los Estados Unidos patrocinaron la aventura de William Walker y se apresuraron a reconocer su increíble gobierno de mercenarios. Sólo el clamor indignado del continente impidió que Nicaragua se convirtiera, por la vía del zarpazo, en un estado más de la Unión Norteamericana, y obligó a los Estados Unidos a desdecirse de su apresurado reconocimiento diplomático. Pronto se decidió que el canal sería panameño, y Estados Unidos, nuestro solícito hermano mayor continental, que acababa de vivir una guerra gigantesca y terrible para impedir una segregación en su sagrado territorio, financió la segregación de Panamá y obtuvo a cambio la construcción y administración del canal interoceánico por un siglo.

Con todo, ¿cómo reprochar a los otros países que defiendan sus intereses y que piensen en primer lugar en sus conveniencias? A eso es a lo que se llama pomposamente el mercado mundial, a un juego de astucias y de rapiñas disfrazadas por un lenguaje almibarado, a veces técnico y pragmático, a veces grandilocuente y cínico. Lo que es digno de reproche es que haya gobiernos nacionales que en ese contexto trabajen para favorecer los intereses de los otros y no los de su propio país. Y desde los primeros tiempos de la república hubo aquí de esos gobiernos, «muy respetados y queridos en el exterior», que le entregaron nuestra economía a los intereses de las grandes potencias y que no permitieron el surgimiento de una industria local, de un mercado interno, y niveles de vida decentes para la población. Siempre el discurso almibarado cifró nuestra felicidad en la capacidad de competir libremente, lo que significaba entregar nuestra

economía sin protección y sin escrúpulos a los rigores y las rapacidades del mercado mundial. A ese invento genial se lo ha llamado «apertura económica» desde los tiempos del general Francisco de Paula Santander, miembro y favorecedor de las grandes familias de comerciantes importadores de la sabana.

Las guerras civiles del siglo XIX derrotaron el pensamiento liberal, el radicalismo y la tradición ilustrada de los sectores democráticos, e impusieron finalmente un régimen aristocrático clerical centralizado cuya Constitución, promulgada en 1886, gobernó al país durante más de cien años. Este régimen convirtió a Colombia en uno de los países más conservadores del continente. A pesar de los esfuerzos liberales de Manuel Murillo Toro, de Tomás Cipriano de Mosquera, de José Hilario López, quien había decretado la libertad de los esclavos en 1854, antes que los Estados Unidos; a pesar de grandes luchas democráticas, la sociedad colombiana se cerró bajo el poder de los terratenientes y del clero; la Iglesia y el Estado se confundieron en una amalgama indiferenciada y nefasta, el índice católico prohibió la lectura libre durante buena parte del siglo, la educación estuvo manejada por la Iglesia, y conquistas elementales de la sociedad liberal como el matrimonio civil y el divorcio, conquistas que poseen todos los países vecinos desde hace más de 60 años, son logros que la sociedad colombiana vino a obtener a fines del siglo XX, mostrándose como uno de los esquemas sociales más cerrados y oscuros de Occidente. Esto dio origen a tremendos cuadros de violencia familiar y de intolerancia social, a un enorme irrespeto por las creencias ajenas, y a la tendencia persistente a considerar toda disidencia y toda rebeldía como un fenómeno religioso. La guerra civil de mediados de siglo, conocida como la Violencia, se configuró como una inmensa guerra religiosa, hecha de fanatismo y de ceguera brutal, y llegó a extremos aberrantes, con la reconocida presencia de la Iglesia como uno de sus principales instigadores.

Hacia 1930, al cabo de 50 años, la hegemonía conservadora se vio debilitada por la inconformidad popular, arreciaron las luchas sindicales, hubo conatos de rebelión, y finalmente la escandalosa masacre de las bananeras precipitó el descrédito del régimen conservador. Un sector del liberalismo acaudillado por Alfonso López Pumarejo intentó una reforma

democrática que favoreciera la industrialización, que modificara el régimen de propiedad sobre la tierra, que modificara las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y que abriera el camino para la adecuación de la sociedad colombiana a algunas de las tendencias mundiales del siglo. No era, por supuesto, la reforma estructural que el país necesitaba, ni la vasta toma de conciencia de la necesidad de un orden distinto, ni el gran esfuerzo por dignificar a una sociedad malformada por la exclusión y la estratificación social; era una reforma moderada, pero naturalmente desató una inmediata contrarreforma, que trajo violencia antiliberal a los campos y empezó a sembrar el germen de algunos males futuros. El intolerante país feudal se resistía al cambio y su reacción despertó nuevas insatisfacciones.

Como respuesta a la violencia antiliberal, el sector popular del liberalismo emprendió una defensa de los campesinos perseguidos, que rápidamente fue configurándose como una enorme rebelión popular bajo la orientación del caudillo Jorge Eliécer Gaitán. Gaitán comprendió muy pronto que Colombia necesitaba con urgencia grandes reformas sociales, y el proyecto nacional siempre postergado se convirtió en su bandera. Pertenecía al partido liberal, pero entendió que el principal enemigo de la sociedad colombiana era ese bipartidismo aristocrático cuyos jefes formaban en realidad un solo partido de dos caras, hecho para saquear el país y beneficiarse de él a espaldas de las mayarías; y en sus discursos avanzó hacia una reformulación de la crisis política como el conflicto entre las mayorías humildes y auténticas, y el mezquino país de los privilegios. Hablando del «país político» y del «país nacional», destacando el modo como los dirigentes gobernaban para una minoría, conquistó un caudal electoral inesperado, y súbitamente la vieja clase dirigente se vio ante un fenómeno de entusiasmo popular desconocido en Colombia.

La campaña de calumnias y difamaciones desatada por la gran prensa no logró debilitar al movimiento gaitanista, y la vieja casta comprendió que, como el arco del legendario rey nórdico, «Noruega se iba a romper entre sus manos». La clase dirigente, encabezada por los jefes políticos y por los grandes diarios sostenedores del poder, confiaba ya sólo en la ignorancia y la indisciplina de las huestes gaitanistas, el «país de cafres» al que siempre habían despreciado. Fue entonces cuando Gaitán convocó a la Marcha del

Silencio, para protestar por la violencia en los campos, y una impresionante multitud gaitanista sobrecogió a Bogotá al marchar y concentrarse de un modo disciplinado y silencioso. Aquel pueblo demostraba que no era una hidra vociferante, que podía ser una fuerza poderosa y tranquila, y esto exasperó a los dueños del país. A partir de ese momento Gaitán era el jefe de la mayor fuerza popular de nuestra historia y, de acuerdo con el orden democrático, era el seguro presidente de la república. Llegaría al poder no sólo con un gran respaldo popular sino con una enorme claridad sobre las reformas que requeríamos y sobre el país que Colombia debía llegar a ser para impedir la perdición de millones de seres humanos.

Gaitán debió presentir que un modelo de desarrollo deshumanizado sería capaz de sacrificar a los campesinos de Colombia, que eran la mayoría de la población, para favorecer sin atenuares los designios ciegos de un capitalismo salvaje. Como alcalde de Bogotá había fijado en los sitios públicos el valor oficial de la hora de trabajo, para dar a los trabajadores una idea de su dignidad y de sus derechos. Como ministro de Educación intentó abrirle paso infructuosamente a una reforma educativa radical que respondiera a las necesidades del país que crecía. Aún es posible oír en sus discursos su interés por impedir que una economía de privilegios precipitara a Colombia en la pauperización y el aplastamiento de las gentes más pobres. Sus enemigos comprendieron entonces que la democracia llevaría a Gaitán al poder y procedieron a ofrecerle su apoyo a cambio de que él aceptara su asesoría, es decir, compartiera con ellos su triunfo y les permitiera escoltarlo. Gaitán se negó, y arreciaron en su campaña difamatoria. La última ráfaga de aquella oposición rabiosa debió armar la mano fanática o mercenaria que le dio muerte. Y así comenzó la gigantesca contrarrevolución (o antirrevolución, ya que conjuraba algo que aún no se había cumplido) que marcó de un modo trágico el destino de Colombia en los 50 años siguientes.

Esta contrarrevolución tuvo tres etapas, cada una de ellas peor que la anterior. La primera fue el asesinato del caudillo, que provocó el incendio de la capital. La segunda fue la Violencia de los años cincuenta, que despobló los campos de Colombia e hizo crecer dramáticamente las ciudades con millones de desplazados arrojados a la miseria. La tercera fue

el pacto aristocrático del Frente Nacional, mediante el cual los instigadores de la violencia se beneficiaron de ella y se repartieron el poder durante 20 años, proscribiendo toda oposición, cerrando el camino de acceso a la riqueza para las clases medias emprendedoras, y manteniendo a los pobres en condiciones de extremo desamparo mientras acrecentaban hasta lo obscuro sus propios capitales.

El 9 de abril de 1948 fue la fecha más aciaga del siglo para Colombia. No porque en ella, como lo pretenden los viejos poderes, se haya roto la continuidad de nuestro orden social, sino porque ese día se confirmó de un modo dramático. La estructura del movimiento gaitanista, con su sujeción a la figura y el pensamiento del caudillo, permitió la desmembración y la disolución de aquella aventura en la que se cifraba el porvenir del país. Gaitán tenía clara la necesidad de un proyecto nacional donde cupiera el país entero; una nación de blancos y de mestizos, de negros y de inmigrantes que pudiera reconciliarse con el espíritu de los pueblos nativos del territorio, y extraer de esa complejidad una manera singular de estar en el mundo. Pero esa claridad lo llevó a enfrentarse ingenuamente, es decir, de un modo valeroso, sincero y desarmado, a esa clase dirigente que se lucraba de la miseria nacional y que despreciaba profundamente todo lo que no cupiera en su mezquina órbita de privilegios. Una casta de mestizos con fortuna que nunca había intentado ser colombiana, ni identificarse con nuestra geografía, con nuestra naturaleza, con nuestra población; que continuamente se avergonzaba, como sigue haciéndolo hoy, de este mundo tan poco parecido al idolatrado mundo europeo. Una elite deplorable que viajaba a Europa y a Norteamérica, no a llevar con orgullo el mensaje de un pueblo dignificado por el respeto y afirmado en su territorio, sino a simular ser europea, y a procurar por los métodos más serviles ser aceptada por un mundo que no ignoraba su condición de rastacueros y su falta de carácter.

El discurso de Gaitán merece muchas reflexiones. Es singular que en un país envanecido por la retórica de sus gramáticos y de sus académicos haya sido un hombre de origen humilde quien ennobleció el lenguaje de la política; quien, exhibiendo un gran refinamiento sintáctico y una notable claridad de pensamiento, haya tenido eco en un pueblo pretendidamente ignorante y salvaje. No podemos olvidar que también la gran empresa de

renovar la lengua castellana y de convertirla en una lengua americana había sido liderada por un indio nicaragüense, Rubén Darío; y que la gran poesía colombiana de entonces estaba siendo escrita por un hijo de campesinos de Santa Rosa de Osos que prácticamente nunca había estado en la escuela. Ello parece asombroso pero es natural: la lengua, como el sentimiento religioso, es hija de los pueblos; son ellos sus creadores y sus transformadores, y las academias, como los eclesiásticos, no son más que los avaros administradores de un tesoro que no siempre comprenden.

Lo que parecía insinuarse en el horizonte del gaitanismo era una suerte de revolución nacional, de transformación de la ideología que reinaba por el poder de los partidos en el alma del pueblo; y la conformación de una gran franja de opinión capaz de llevar no sólo a Gaitán a la presidencia sino al país a un nuevo comienzo. Lo que parcialmente habían conquistado países como México, cuya identificación consigo mismos, cuyo respeto por las raíces nativas, cuya afirmación en su propio pueblo, en su música, en su gastronomía, en su indumentaria, en sus tradiciones, eran un ejemplo para el desconcertado continente mestizo, y cuya revolución, sin duda llena de errores y de hechos dolorosos y trágicos, había conferido sin embargo un profundo sentimiento de orgullo y de dignidad a sus gentes.

Como suele ocurrir con los magnicidios, el asesinato de Gaitán nos ha sido presentado como el crimen solitario de un enajenado o de un fanático. Lo que no podemos ignorar es el clima social y político en que se cumplió el hecho, los sectores visiblemente interesados en la desaparición del líder, y los que se beneficiaban con ella. Si la mano que lo mató fue fanática o fue mercenaria, es algo indiferente: la causa evidente del crimen fue la campaña de difamación realizada contra él por la gran prensa, que lo mostraba como un peligro para la sociedad, como alguien que venía a destruir el país, y que lo caricaturizaba como un salvaje a la cabeza de una banda de caníbales. El crimen produjo en todo el país un espontáneo levantamiento hecho de frustración y de desesperanza, pero incapaz de grandes propósitos y aun de trazarse nobles tareas inmediatas. Entre incendios y rapiña y estragos, el pueblo comprendió que una vez más sus esperanzas habían muerto, y tal vez comprendió también que el poder imperante jamás permitiría una transformación de la sociedad por las vías democráticas y pacíficas que

Gaitán había escogido. Pero allí comenzó también la segunda fase de esa poderosa contrarrevolución, porque advertidos del peligro de un movimiento popular, los partidos políticos tradicionales se lanzaron a la reconquista de sus huestes y se esforzaron por contrarrestar los efectos del discurso de Gaitán. Para ello radicalizaron su lenguaje partidista, magnificaron una maraña de diferencias retóricas entre los dos partidos, y utilizando todos los recursos y todos los medios de influencia, fanatizaron a la ingenua población campesina.

Tal vez no se proponían desatar una oleada de violencia, pero el modo criminal e irresponsable como atizaron las hogueras del odio para ganar la fidelidad de sus prosélitos condena para siempre a los jefes de ambos partidos que precipitaron a Colombia en la más siniestra época de su historia. Gentes humildes que se habían conocido toda la vida, que se habían criado juntas, se vieron de pronto conminadas a responder a viejos odios insepultos, y sin saber cómo, sin saber por qué, sin el menor beneficio, se dejaron arrastrar por el increíble poder de la retórica facciosa que los bombardeaba desde las tribunas, desde los pulpitos y desde los grandes medios de comunicación, y la carnicería comenzó. Entre 1945 y 1965 Colombia vivió una verdadera orgía de sangre que marcó desalentadoramente su futuro. Más asombroso aún es que quienes precipitaron al país en ese horror sean los mismos que siguen dirigiéndolo, aquellos cuyo discurso es el único que impera en la sociedad, aquellos que se resisten a entender que si bien se han enriquecido hasta lo indecible, han fracasado ante la historia; que tuvieron el país en sus manos durante más de un siglo y que el resultado de su manera de pensar y de obrar es esto que tenemos ante nosotros: violencia, caos, corrupción, inseguridad, cobardía, miseria y la desdicha de millones de seres humanos. Afortunadamente ya no es necesario agotarse en argumentos para demostrar el fracaso de los dos partidos y de sus elites: basta mostrar el país que tenemos.

Alguna vez, con triste ironía, el historiador inglés Eric Hobsbawm escribió que la presencia de hombres armados forma parte natural del paisaje colombiano, como las colinas y los ríos. Es difícil, ciertamente, encontrar épocas de la historia en que nuestros campos no hayan sido escenario de hombres en armas, y el mismo Hobsbawm ha dicho que la

Violencia colombiana de los años cincuenta representó una de las mayores movilizaciones de civiles armados del hemisferio occidental en el siglo xx. Las huestes de los revolucionarios mexicanos recorrieron su país luchando por la Tierra y la Libertad que les predicaba Emiliano Zapata. Es triste comprobar que los hombres en armas de mediados de siglo en Colombia no luchaban por ninguna reivindicación popular, sino instigados por poderes que siempre los habían despreciado, y cuando empezaron a luchar por algo propio, fue por espíritu de venganza, para cobrarse las injurias que esa misma guerra les había hecho. El gobierno conservador había politizado la policía, había soltado la siniestra «chulavita» a hostilizar liberales. Éstos a su vez reaccionaron armándose, y empezaron a ver en todo conservador un enemigo. La causa de aquello estaba en el poder y en los predicadores del odio, pero muy pronto cada quien tuvo argumentos propios para proseguir la retaliación. Para las cadenas del rencor basta con comenzar, todo lo demás se dará por su propio impulso. Diez años después de aquellas primeras hostilidades y agresiones, la Violencia ya se había fabricado sus propios monstruos, y un clima generalizado de terror y de impunidad daba los frutos más demenciales. Los nombres de Chispas, de Desquite, de Tarzán, del Capitán Veneno, de Sangrenegra, todavía nos congelan la sangre, y sólo muy recientemente las sierras eléctricas de Trujillo han venido a igualar las cumbres de horror y de depravación humana que se vivieron entonces en Colombia.

Siempre nos dijeron que la Violencia de los años cincuenta fue una violencia entre liberales y conservadores. Eso no es cierto. Fue una violencia entre liberales pobres y conservadores pobres, mientras los ricos y los poderosos de ambos partidos los azuzaban y financiaban su rencor, dando muestras de una irresponsabilidad social infinita. La Violencia no podía ser una iniciativa popular, pues no iba dirigida contra quienes se lucraron siempre del pueblo. Era más bien la antigua historia de los pobres matándose unos a otros con el discurso del patrón en los labios. Una persistente y venenosa fuente de odio fluía de alguna parte y alimentaba la miseria moral del país. Los dirigentes, esos que todavía le dictan por la noche a la opinión pública lo que ésta responderá mañana en las encuestas, simulaban no advertir cuál era la causa de ese desangre generalizado, y sin

dejar de predicar el odio al godo y al rojo se quejaban del salvajismo del pueblo. La verdad es que bastó que Alberto Lleras y Laureano Gómez se abrazaran y pactaran la alianza para que la vasta Violencia colombiana dejara de ser un caos generalizado y se redujera a la persecución final de unas bandas de asesinos envilecidos, Ahora bien: si la Violencia había sido una guerra, ¿quién la ganó? Aparentemente nadie. Pero si juzgamos por la siguiente fase del drama, el resultado es indudable: sobre 300 mil campesinos muertos, el bipartidismo había triunfado.

Como ocurre al final de todas las guerras, sobre los campos todavía humeantes de la Violencia se firmó un pacto, y ese pacto fue el llamado Frente Nacional, por el cual los dos partidos irreconciliables se convertían en uno solo con dos colores y la misma ideología, y se repartían el poder durante 20 años. En nombre del bipartidismo si pueblo se había hecho la guerra a sí mismo: ahora se sucederían en el poder precisamente los representantes de la vieja clase dirigente que había sido la principal promotora de la violencia. Así se consumó la tercera fase de aquella implacable contrarrevolución. El liberalismo y el conservatismo no tendrían problemas para compartir el poder, y las reformas que Gaitán había prometido podían posponerse hasta el fin del mundo. Después de una guerra y de 300 mil muertos, Colombia debía seguir siendo el país inauténtico, mezquino, antipopular y excluyente que era 20 años atrás, y la clase dirigente amenazada por el gaitanismo se había salvado.

El país que surgía de aquella catástrofe no era sin embargo el mismo. Millones de campesinos expulsados por la Violencia llegaban a las ciudades buscando escapar al terror y a la ruina. Lo que Gaitán había procurado impedir se cumplía ante la indiferencia de los poderosos y la frialdad de los eruditos. Había cambiado el cuadro de la propiedad sobre la tierra, los terratenientes habían pescado en río revuelto, se habían invertido los índices de población urbana y de población campesina, las ciudades crecían inconteniblemente, Colombia tenía muchos menos propietarios que antes, y un oscuro porvenir de miseria y de desempleo se cernía sobre las nuevas muchedumbres urbanas. En ese panorama el Frente Nacional mostró al país sus innovaciones. Como si el peligro para Colombia no fueran los partidos tradicionales que la habían desangrado, y blandiendo abiertamente la

amenaza de un posible retorno de la Violencia que sólo ellos podían provocar, repartió el poder entre liberales y conservadores y prohibió en el marco legal toda oposición política. Confirmó al Estado, previsiblemente, como un instrumento para garantizar privilegios; sólo permitió la iniciativa económica en el ámbito de las clases, familias y empresas tradicionalmente emparentadas con el poder, y cerró las posibilidades de acceso a la riqueza a las clases medias emprendedoras, persistiendo en la política de negar el crédito y la capitalización a las clases humildes. Finalmente, fue incapaz de garantizar fuentes de trabajo para las multitudes que seguían llegando a los grandes centros urbanos, les cerró a los pobres la posibilidad de acceso a niveles mínimos de vida y condiciones mínimas de dignidad, permitió el crecimiento y la proliferación de cinturones de miseria alrededor de las ciudades, y persistió en la vieja actitud señorial de no considerar que el Estado tuviera deberes frente a los pobres, de modo que le bastó con estimular campañas privadas de caridad. Nadie podía advertir entonces que en el auge de campañas como El Minuto de Dios, las granjas de beneficencia y las «teletones», con enorme despliegue y difusión, lo que se ocultaba era la incapacidad o la indiferencia del Estado para cumplir prioritarios deberes sociales, y su creciente hábito de dejar en manos de los particulares no la solución, sino el esfuerzo por mitigar los dramas de la pobreza y del desorden social.

Todo lo que somos socialmente desde entonces es fruto del Frente Nacional. Los sectores sensibles lo deploraron en su hora como una gran derrota. Un sector del liberalismo, el MRL, lo combatió vigorosamente, lo mismo que el movimiento literario de los Nadaístas. Hay páginas memorables de Gonzalo Arango en las que cuenta que el Nadaísmo existió porque había muerto Gaitán, que un movimiento rebelde y excéntrico como el Nadaísmo había sido necesario porque se había destruido la esperanza de un pueblo, y que si Gaitán hubiera triunfado los Nadaístas habrían sido jóvenes normales dedicados a construir a su lado un gran país. Pero en su momento los colombianos no advirtieron el terrible mal que representaba para Colombia el pacto aristocrático, por el cual se sepultaba de un modo oficial el derecho popular a expresarse políticamente. Ahora nos resulta increíble que se pudiera hablar de democracia mientras se prohibía

expresamente la existencia de partidos políticos distintos de los oficiales. Mientras se condenaba al país a un bipartidismo que además era puramente aparente, pues desde hacía mucho tiempo las palabras liberal y conservador habían perdido en Colombia todo contenido programático, toda huella de un pensamiento o de una idea, y se habían envilecido hasta ser tan sólo dos maneras hereditarias de odiar a los semejantes.

Después de la revolución cubana, la política hemisférica exigió que los ejércitos de América Latina cambiaran sus prioridades de defensa de las fronteras por lo que llamaron «seguridad interna». Así se institucionalizó uno de los fenómenos más aberrantes del siglo. Cuando nuestros países requerían acceder a la democracia real y madurar políticamente, una teoría perversa según la cual los latinoamericanos no estábamos maduros para la democracia, culpablemente apoyada por los gobiernos norteamericanos, permitió que la América Latina viviera una de sus épocas más sombrías. Una progresión de dictaduras militares antipopulares se abrió camino para garantizar en el continente la aplicación de las políticas económicas y acallar los reclamos de justicia social y el libre ejercicio de la oposición, sin la cual la democracia es inconcebible. Curiosamente, Colombia había vivido el fenómeno de una dictadura militar casi accidental que, impuesta a mediados de los años cincuenta por una coalición de los partidos tradicionales como una suerte de ensayo de lo que sería el Frente Nacional, se fue desviando de su propósito inicial cuando el dictador, general Gustavo Rojas Pinilla, comprendió que el Estado, hecho para defender determinados privilegios desde siempre, podía servir a otros fines. Allí se dio una curiosa amalgama de obras benéficas para el pueblo y aprovechamiento del poder para beneficio propio que, por supuesto, provocó una rápida reacción de la clase política que había sido la inspiradora del experimento. No sobra recordar que las principales obras de modernización que emprendió Colombia a mediados de siglo fueron fruto de esa pausa casi involuntaria en la mezquina dominación de las elites, y que en una atmósfera tan enrarecida por el egoísmo de los poderosos ni siquiera el ejército resultó un aliado seguro. A tal punto el general se les salió de las manos, que diez años después fue el protagonista de una aventura electoral que puso en peligro la dominación bipartidista, y obligó al democrático gobierno del Frente

Nacional a modificar a última hora los resultados electorales, con cifras llegadas de remotas provincias. También en tiempos de Gaitán se había dado el fenómeno de que la policía, compuesta por gentes del pueblo, terminara volviéndose gaitanista, para desconuelo de los dueños del poder. Estas experiencias despertaron una gran desconfianza de los poderosos en la iniciativa de sus fuerzas armadas, y con gran inteligencia se procuró que los jefes militares amasaran grandes fortunas, manejaran inmensos presupuestos, tuvieran el control de la ciudadanía y aun de la justicia, y gozaran de excesivos privilegios, pero no se les soltó el timón del Estado ni siquiera en los tiempos en que Colombia era una de las poquísimas barcas con apariencia democrática en un océano de sables.

Esos 20 años de Frente Nacional trajeron algunos de los males mayores de la sociedad colombiana actual, males que se sumaron a los muchos que ya arrastrábamos desde los viejos tiempos, para conformar el cuadro de impotencia y de desesperación que ahora tenemos ante los ojos. Como se prohibió toda oposición legal, cosa que sólo puede ocurrir en las dictaduras más cerriles surgió y se fortaleció la oposición ilegal, la oposición armada, que ha crecido hasta ser dueña de la mitad del país. Durante mucho tiempo los ideólogos del poder explicaron la existencia de las guerrillas como un producto de la infiltración de ideologías foráneas, en particular del movimiento comunista internacional. Lo explicaban así a pesar de saber que en Colombia, como lo ha dicho Hobsbawm, siempre hubo en los campos hombres en armas y es una tradición la práctica de la rebelión focalizada en pequeña escala y el bandidaje rural. Pero muchas de las guerrillas colombianas no fueron en rigor comunistas, o sólo se revistieron de ese ropaje mientras duró el auge mundial de aquella ideología, y en cambio todos hemos podido comprobar que el acallamiento del discurso castrista y la caída abrumadora de la Unión Soviética y la gradual incorporación de la China a la economía de mercado no sólo no precipitaron el fin de la guerrilla colombiana sino que fueron simultáneos con su auge inusitado en nuestro territorio. A pesar de su bandidaje y de su falta de comunicación con la sociedad, la guerrilla no es un caso de policía, no es un problema militar sino un problema político y por ello salta a la vista que cuanto más se la combate y cuanto más se invierte dinero en recursos militares contra

ella, más fuerte se hace. ¿Quién ignora que el campo colombiano está arruinado? ¿Que el país no les ofrece ninguna alternativa, ningún futuro, a los habitantes del campo? ¿Con qué cara nos viene a decir este Estado que los campesinos no tienen motivos para rebelarse, cuando hasta los profesionales en Colombia tienen que meterse a taxistas, y todo reclamo, por justo que sea, está prohibido en la práctica? Prohibamos en Francia los reclamos de la ciudadanía, el derecho a la indignación, y el derecho soberano de los trabajadores franceses a hacer temblar a sus instituciones, y no sólo harán guerrillas sino otra Revolución Cortacabezas, porque en Francia sí saben que ser ciudadano es fundamentalmente no dejarse pisotear de nadie, y menos si es uno el que les paga el sueldo. Yo sostengo que es el Estado colombiano imperante, con su ineficiencia y su irrespeto por los reclamos de la ciudadanía, el que fuerza a los campesinos a adherir a esos movimientos armados que no tienen ningún futuro, pero que por lo menos tienen presente.

El Frente Nacional cerró además el acceso a la riqueza para las clases medias emprendedoras, y éstas se vieron empujadas por ello hacia actividades ilícitas como el contrabando y el narcotráfico, ya que si una sociedad niega las posibilidades legales en el marco de la democracia económica, quienes aspiran a la riqueza sólo tienen el camino de la ilegalidad. Cierta rey babilonio, en un relato de Voltaire, consulta desesperado al oráculo porque su hija la princesa se ha fugado con un vagabundo, y el oráculo le responde con estas palabras: «Cuando uno no casa a las muchachas, majestad, las muchachas se casan solas». Fue esto lo que ocurrió en Colombia desde comienzos de los años setenta. La vieja ideología señorial había impuesto aquí la absurda lógica de que cualquier concesión a los pobres es un escándalo. Para ser rico, la única condición era haber tenido la precaución de serlo desde la cuna, y todo lo demás era pretensión descabellada y ridícula. Ello es aún más extraño si pensamos que nuestra clase dirigente, por una voltereta tramposa, abandonó la vieja teoría medieval de la nobleza de sangre y fingió adoptar los principios de la democracia liberal debidos a la Revolución Francesa. Todo ello era muy bien visto en la letra, pero que la servidumbre no buscara propasarse, ni intentar escenas bochornosas. Es muy difícil sostener una sociedad señorial,

racista, excluyente y mezquina, en la que sobreviven términos como «gente bien», «gente de buena familia», y al mismo tiempo barnizarla con un discurso liberal aureolado por la pretensión de que todos son iguales ante la ley y viven bajo el imperio de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. La gente terminará creyendo que de verdad tiene derechos y hasta puede intentar hacerlos valer. Y ello se agrava si el modelo económico expone a las gentes al discurso de las metrópolis, pues lentamente empezarán a percibir que el modelo que se les predica se parece muy poco al que se les ofrece.

Allá al norte estaban los Estados Unidos, con su respeto por el ciudadano, su igualdad de derechos, sus salarios decentes, sus oportunidades de empleo y consumo; y aquí vivíamos en una disparatada sociedad de consumo en la cual hasta las clases medias tenían que pensarlo muchas veces para comprar lo que veían en las vitrinas. Se puede jugar así con la gente, pero no con toda. Tarde o temprano alguien sentirá que le están haciendo trampa en el juego y descubrirá que él también puede hacer trampa. Ya se sabe que la única pedagogía es la pedagogía del ejemplo, y un Estado no puede exigir que se respete la ley si él mismo no la respeta. Gobernar en función de unos cuantos privilegiados, saquear el tesoro público, abusar de la autoridad, es violar la ley de manera grave, y puede generar en la conciencia de algunos la sensación de que si los encargados de aplicarla violan la ley, no puede ser tan grave que la violen los particulares. Pero se da además el caso de que el discurso público de la sociedad industrial, es decir, la publicidad, pregona en todos los tonos posibles que la única condición digna de admiración y de respeto es la riqueza. Los mensajes de autos y perfumes y cigarrillos y tarjetas de crédito exhiben esa refinada vulgaridad como la condición necesaria de todo éxito y de toda felicidad. Y el pobre espectador descubre que le están vendiendo el suplicio de Tántalo; que, ávido por ser rico para obedecer las órdenes melodiosas de los medios y para merecer el respeto de su condición humana, la sociedad no se lo permite porque está organizada para impedir toda promoción, para perpetuar a los ricos en su riqueza y dejar que los pobres se mueran a las puertas de los hospitales. Y descubre además que los únicos en el vasto mundo que parecen tener la obligación de mostrarse ejemplares y virtuosos

son los que están condenados a vivir en las sentinas, a padecer como buenos pobres los laberintos de la burocracia y los tacones de la ley en la nuca. Realmente no se me hace extraño que en una situación como esa, algún hombre sea víctima de malos pensamientos y empiece a fantasear con fortunas menos virtuosas pero más posibles.

Si el Estado no le brinda garantías al ciudadano, ¿cómo puede reprocharle que recurra a métodos irregulares para garantizar la subsistencia? El Frente Nacional excluyó a las gentes humildes, y hemos visto crecer de un modo colosal la miseria material y moral del país. Cuando el Estado se esfuerza por hacer cosas en beneficio de los pobres, todo lo hace de un modo limosnero y exterior, porque los pobres no están representados en el Estado, y éste procura malamente mitigar las condiciones de pobreza, pero no es una instancia comprometida con soluciones reales para esa población. Y no se trata de una minoría importante: se trata, según dicen las cifras, de la mitad de la población nacional. Uno se pregunta: ¿en función de quién gobierna el Estado si su primera prioridad no es el problema de la pobreza, a través de la cual la sociedad entera se ha precipitado en el caos? De esa gigantesca masa de seres humanos desterrados, excluidos, de esa infrahumanidad, muchos se han visto forzados a la delincuencia. Hoy la principal fuente de delitos en la sociedad colombiana es la delincuencia común; no la delincuencia guerrillera ni la delincuencia del narcotráfico sino la delincuencia común, hija de la ignorancia, del resentimiento, de la pobreza, de las condiciones infrahumanas de vida y, por supuesto, fortalecida y perpetuada por la impunidad.

Aún sin realizar los cambios que Colombia requiere con urgencia para llegar a ser el país digno que queremos, aún sin esa gran revolución de la dignidad, contra la miseria y contra la exclusión, sería un avance que el Estado curara las tres gravísimas heridas que le infligió a la sociedad con el esquema del Frente Nacional: la prohibición de una oposición legal, la falta de democracia económica, la falta de un verdadero compromiso con las clases más pobres. Sólo una oposición legal verdaderamente actuante y eficaz puede hacer inútil e injustificada la dañina oposición armada, con su capacidad de extorsión y de terrorismo. Sólo el acceso a la iniciativa

económica y a la promoción social puede permitir que se supere la terrible situación de las clases medias, día a día forzadas a persistir en la nada fácil acumulación de riquezas ilegales. Sólo una política encaminada a la capitalización de los pobres, a garantizarles condiciones de dignidad y niveles decorosos de vida, sólo su acceso a una relación viva con el lenguaje y la cultura, puede disminuir considerablemente los niveles de criminalidad y de delincuencia común en Colombia. La guerrilla, el narcotráfico y la delincuencia común no pueden ser conjurados con meras soluciones policivas, su desaparición no depende de una costosísima política de guerra. La guerra puede servir para justificar presupuestos gigantescos, pero no para alcanzar la reconciliación ni la superación efectiva de esos conflictos. El caso de la sociedad colombiana en los últimos 50 años es el caso de un Estado criminal que criminalizó al país.

Porque la consecuencia principal del Frente Nacional es que, abolida toda oposición, toda vigilancia ciudadana, el Estado se convirtió en un nido de corrupciones, en una madriguera de apetitos sin control entre dos partidos cómplices que no admitieron fiscalización alguna. Por un camino muy distinto, curiosamente, México llegó a una situación semejante. Así como allá la existencia de un solo partido, sin oposición posible, fue corrompiendo al Estado hasta convertirlo en un nido de burócratas sin entrañas y de ambiciosos sin escrúpulos, así también nuestra dictadura de un solo partido (con dos cabezas y con dos colores) convirtió al Estado en una eficiente mole de corrupción, continuamente enfrentada consigo misma, a la que ningún presupuesto le alcanza, donde cada pequeño funcionario manipula la ley a su antojo con toda impunidad, y donde una vasta red de compadres y amigos parasita del caos y exprime a todo el que cae en sus manos, Desde las más altas hasta las más bajas esferas el tráfico de influencias es la norma.

Ahora bien, ¿puede esta larga enumeración de causas explicar por qué nuestra sociedad es incapaz de reaccionar y de modificar una situación que se ha vuelto intolerable? «Ser maltratado no es un mérito», dijo Bernard Shaw a un visitante que le enumeraba sus males. He referido los precedentes de nuestra situación, pero el propósito de estas páginas es pensar en el porvenir y atrever reflexiones sobre la Nueva República, como

la llamaba Gaitán, que estamos en el deber de construir. Una república capaz de superar una larga historia de negligencias y de crímenes, capaz de ofrecer al mundo algo mejor que un recurrente memorial de agravios. El Proyecto Nacional tantas veces postergado tiene que volver a alzarse, hasta que la cordura y la nobleza de corazón se impongan en el mismo escenario donde hoy persisten los negadores del país y los destructores de su esperanza. «Todo recuerdo, es triste y todo presentimiento es alegre». Dijo Novalis. El más inmediato deber de Colombia es presentir ese futuro y adueñarse de él con pasión y con convicción. Las viejas castas dominantes se han destituido a sí mismas, se han hecho indignas de respeto y no creo que merezcan un lugar en la historia. Es hora de que nos preguntemos cuál es nuestro lugar, cuál es nuestro papel y nuestro destino.

En todo este tiempo se han visto crecer la pasividad ciudadana, la indiferencia y el miedo. Pero en los últimos 50 años también se vieron grandes procesos de iniciativa social, de lucha por los derechos de la comunidad, expresiones orgullosas y dignas. ¿Qué fue del movimiento sindical colombiano? ¿Qué fue de los valerosos reclamos de los campesinos? ¿Qué fue de las movilizaciones de los estudiantes? Estremece pensar que mientras en todo país democrático el derecho al reclamo, la indignación, y la resistencia a la opresión son pilares de la vida social, aquí toda indignación popular es causa de feroces persecuciones. Impedido en la práctica el acceso legal a la riqueza, todo enriquecimiento es ilícito, así como toda resistencia y todo reclamo son automáticamente ilegales. Estamos hablando de tiempos innobles. Una cosa es lanzarse a las calles, como en Francia, sabiendo que el Estado respeta a la población y responde por su legitimidad, sabiendo que si la fuerza oficial fuera utilizada ilegalmente contra el pueblo sería severamente sancionada, y otra salir a las calles a reclamar sabiendo que después de las marchas pacíficas, cuando los manifestantes dispersos vuelven solos a sus hogares, hay desapariciones silenciosas y ejecuciones anónimas.

Un pueblo incapaz de darle la cara a los males se merece su postración y su angustia. Pero cuando uno se pregunta dónde están los que protestaron, los que se rebelaron, los que exigieron, los que se creyeron con derecho a reclamar un país más justo, más respetuoso, el pensamiento se ensombrece.

Los héroes están en los cementerios, nos dice una voz al oído. Y entonces recordamos aquella pieza teatral en la que un personaje exclama: «¡Desgraciado el país que no tiene héroes!», y otro le responde: «¡No, desgraciado el país que los necesita!».

Colombia ha tenido ya muchos héroes, pero lo triste es que los necesita, porque siendo evidente la injusticia, siendo evidente el monstruoso contraste entre los que tienen mucho y los que no tienen nada, siendo evidentes la corrupción y el delito, el increíble exterminio de todo un partido político de oposición, las calles populosas de indigentes que bandas de muchachos ricos salen a asesinar en la noche, siendo evidente el abandono de los campos, la quiebra de las empresas nacionales en nombre de la modernización, siendo evidente que la mitad del país no parece merecer respeto ni futuro, decirlo es ilegal y combatirlo puede ser mortal. Los dueños del poder en Colombia parecen dispuestos a sacrificar lo que sea con tal de conservar sus privilegios. No les tembló la mano para hacer que el viejo país campesino se desgarrara a sí mismo en un conflicto que ellos habrían podido impedir con un poco de conciencia patriótica, de generosidad y de previsión. El surgimiento de las guerrillas comunistas a comienzos de los años sesenta los hizo pensar que cualquier concesión significaría sacrificar sus riquezas, y la guerra a muerte contra la izquierda revolucionaria fue desde entonces la única consigna de los gobiernos y de los orientadores de la opinión pública. La ideología comunista puso a toda una generación de jóvenes a pensar que se trataba de derribar violentamente a las elites para transformar a la sociedad en una dictadura a la manera soviética o cubana, y subordinó los esfuerzos de transformación de la sociedad a la repetición de esas fórmulas con las cuales la sociedad rusa pasó de la autocracia zarista a la dictadura estatista de José Stalin. Ello impidió que nuestro país pudiera seguir el camino que le había trazado sabiamente Gaitán, la búsqueda de un destino propio que consultara su naturaleza, su singularidad, su riqueza de matices y de culturas. Las sectas comunistas se alimentaron aquí de la vieja tradición escolástica, parasitaria, dependiente, y también cuando buscaba soluciones a su drama Colombia persistió en el culto dogmático de modelos ilustres y de fórmulas prestadas.

Es innegable nuestra pertenencia al orden mental europeo. Un país cuya lengua es hija del latín y del griego; que ha profesado por siglos una religión de origen hebreo, griego y romano; que se ha propuesto el modelo democrático debido a la Revolución Francesa y que se reclama defensor de la Declaración de los Derechos del Hombre; una sociedad que se ha formado siguiendo el modelo liberal europeo, no puede pretender encontrar soluciones ignorando esa tradición. La democracia sigue siendo para nosotros una promesa y aún necesitamos en Colombia una crítica lúcida, vigorosa, implacable, de las iniquidades del poder imperante, como la que emprendió Voltaire en su día, y una propuesta seria de sensatez, de lógica, de generosidad y de valor civil. Lo que requerimos es comprender que una cosa es ser hijos de Europa y otra confundirnos con ella, cuando pertenecemos a un territorio tan distinto, cuando les debemos respeto profundo a los viejos padres que poblaron este territorio por siglos y de los cuales también descendemos, cuando sabemos que la diversidad de nuestra composición natural, étnica y cultural es un privilegio, y no permite la arbitraria imposición de un solo modelo, de una sola verdad, de una sola estética. Ningún país podrá construir jamás un orden social justo y equilibrado si no es capaz de reconocerse a sí mismo y de diseñar su proyecto económico, político y cultural a partir de esa conciencia de sus posibilidades y sus limitaciones.

Un chiste común dice que en Colombia los ricos quieren ser ingleses, los intelectuales quieren ser franceses, la clase media quiere ser norteamericana y los pobres quieren ser mexicanos. Después de siglos de un esfuerzo vergonzoso y esnob por fingir ser lo que no somos, es urgente descubrir qué es Colombia; que surja entre nosotros un pensamiento, una interpretación de nosotros mismos, una alternativa de orden social, de desarrollo, un sueño que se parezca a lo que somos. El principal enemigo de ese sueño es el paradójico clamor de los defensores del caos existente que pretenden negar el charco de sangre en que vivimos y el absoluto fracaso de este modelo en su deber de brindar, ya que no felicidad, siquiera mínima dignidad a la población, Esos incomprensibles que editorial tras editorial nos muestran cuatro cifras abstractas de prosperidad para demostrarnos que vivimos en el paraíso. ¿Quién negará que muchos viven en condiciones de

opulencia difíciles de imaginar? ¿Quién negará que los que se esfuerzan por acallar la insatisfacción y la indignación de los colombianos conscientes, tienen razones sobradas para defender lo que existe? Si algo no podemos proponernos es convencer a tres millones de personas que viven espléndidamente de que el país está mal. Muros fortificados y puertas con claves electrónicas y ejércitos privados de guardianes y de mastines casi los autorizan a decir que este es un país seguro, Y tampoco podemos hacer que los cinco millones que se desvelan luchando por acceder a ese círculo exquisito acepten que el modelo social excluyente ha fracasado, aunque cada día sientan más cerca las lenguas del caos, Altos ingresos y cartas de crédito y clubes y lujosos centros comerciales donde se puede vivir por un rato como en Nueva York, y a donde no llega todavía la violencia de los miserables y la brutalidad de las mafias les garantizan la conveniencia del modelo. No se preguntan por qué las gentes acomodadas de otros países no tienen que conformarse con pequeños guetos residenciales y comerciales sino que pueden andar por sus ciudades y por sus campos disfrutando plenamente del mundo. Se han resignado a vivir tras los muros y no ignoran que algo está podrido en el mundo que tan celosamente defienden.

Pero gradualmente el país se ha hecho inhóspito y difícil aun para los que siempre se lucraron de él; la postergación de las reformas y la renuncia al Proyecto Nacional han vulnerado tanto a la población, que ya hasta los dueños del poder se quejan del país que hicieron. Existen hoy en el territorio más de 400 personas secuestradas, y los presentadores de noticias nos despiertan en las mañanas a la pesadilla de recordar que vivimos en un país sitiado por guerrilleros, narcotraficantes, paramilitares, autodefensas, milicias populares y delincuentes comunes, Los dueños del país tienen que sentir alarma ante esto que no han sabido evitar con su poder. Esos millones y millones de pesos que nunca fueron capaces de invertir en evitar los males de la pobreza, los tienen que gastar en armas para reprimir a los hijos del resentimiento y de la miseria. Como es su costumbre, olvidan que ellos tuvieron siempre el derecho y el poder de hacer y deshacer a su antojo, y acusan al pueblo de ser el causante del caos. Leemos en los grandes diarios, cuyo esfuerzo persistente por disimular el horror y cuya renuncia culpable a ser la conciencia crítica de la sociedad han sido por décadas el sedante de la

opinión pública, que el país ha perdido sus valores, que se han deteriorado la moral y las buenas costumbres. Pero, como decía Bernard Shaw, hay momentos en que el pueblo no necesita más moral sino más dinero. Tener con qué comer no garantiza que alguien se porte bien, pero no tenerlo francamente exige que uno se porte mal. Los responsables del drama empiezan a exigir que sean las víctimas quienes arreglen lo que la codicia ha dañado, exactamente a la manera como ahora los fabricantes de basuras no biodegradables proponen que en vez de ellos detener la producción, los pueblos realicen periódicas cruzadas de limpieza por campos, playas y ríos del planeta. La vieja estrategia consiste en privatizar bien las ganancias, y socializar vastamente las pérdidas.

A veces admiten que las cosas están mal, pero inmediatamente les indigna que se pretenda buscar responsables. ¿Por qué buscar un culpable?, se preguntan. ¿Por qué no asumir que la historia nos ha traído a esto y que ahora lo tenemos que resolver entre todos? La verdad es que la corrección de los males exige descubrir dónde están las causas, ya que todo proyecto histórico que pretenda erradicar los males sin conocer su fuente está condenado al fracaso. Nuestro insensato modelo mental es en eso de una siniestra comicidad. El mejor crítico de ese modelo, Estanislao Zuleta, solía decir que no hay que confundir las causas de las cosas con las condiciones que las hacen posibles. «Por ejemplo —decía—, si a uno le cuentan que alguien se suicidó arrojándose de un Octavo piso, y le preguntan cuál fue la causa de esa muerte, uno no responde que la ley de la gravedad». Pues bien, en Colombia continuamente confundimos las causas de las cosas con las condiciones que las hacen posibles. Si un par de sicarios asesina a alguien desde una moto, al día siguiente prohibimos las motos. De la misma manera, confundimos las causas con los efectos, creemos que alterando los efectos corregimos las causas. La delincuencia común generalizada es hija de la miseria y de la exclusión, pero siempre hay alguien interesado en acabar con la delincuencia sin alterar para nada esas condiciones de injusticia. El narcotráfico es fruto de una situación en la cual el trabajo honrado no permite siquiera sobrevivir, mientras el trabajo ilegal es pagado copiosamente por un imperio opulento. Siempre hay alguien que quiere disipar el efecto sin modificar para nada la causa. La proliferación de

vendedores ambulantes es fruto de la falta de alternativas formales de supervivencia. Siempre hay alguien que cree que la solución es echarles la policía o encerrarlos en sótanos donde no puedan competir. Y es tan grave la miseria mental de algunos, que se llega a pensar seriamente que la causa de la pobreza es que haya pobres, y que por lo tanto la solución es acabar con ellos, eso sí, a medianoche y en la oscuridad.

Curiosamente, ahí sí hay culpables. Quienes se empeñan todo el día en negar que la responsabilidad de los males sociales le pueda ser imputada a los privilegiados (los únicos que tuvieron en sus manos la posibilidad de humanizar un poco el modelo), siempre están dispuestos a vociferar que la culpa de la pobreza está en los pobres, la culpa de la delincuencia en los delincuentes y la culpa de los sicarios en las motos que los llevan a cumplir sus crímenes. Y no aceptarán nunca que si una sociedad tiene 35 millones de habitantes y toda su riqueza está en manos de cinco, los otros 30 han sido expropiados. Está bien, así es la vida. Pero si esos cinco que son dueños de todo no se esfuerzan por garantizar que su sociedad sea mínimamente viable para los otros, y se encierran en un egoísmo enfermizo y fascista, ¿con qué derecho podrán protestar cuando les llegue el turno de ser expropiados, en la hora inmisericorde de los resentidos y de sus machetes? Mi humilde opinión, pero hay quienes aseguran que no es así, es que esa hora espantosa está más cerca de lo que muchos imaginan, y que, como diría Shakespeare, el egoísmo está afilando un cuchillo destinado a su propio cuello. El mal está andando, nadie hace nada por detenerlo, Colombia tiene cada año más crímenes que el anterior, más secuestros, más extorsiones, más corrupción, más desigualdad, y las voces oficiales parecen estar de acuerdo en que, si alguien está insatisfecho, pues que se encargue de arreglar las cosas.

Tal vez tienen razón. Tal vez ha llegado el momento en que sean las comunidades, y no los causantes del mal, quienes se apliquen a la tarea de resolverlo. Incluso, tal vez ha llegado el momento en que, a pesar de estos largos y necesarios análisis de las causas de nuestra crisis, la sociedad deba asumirse como responsable de lo que ocurre y emprender la tarea de cambiarlo. Hasta ahora, la aceptación de que había una clase dirigente, conectora de los rumbos de la nación, capaz de diseñar las políticas

económicas, los modelos de desarrollo, los planes culturales, ha permitido que la sociedad se adormeciera en la indiferencia o asumiera el papel igualmente lastimoso de reclamar soluciones o recibir limosnas. Pero demostrado el catastrófico fracaso de esas elites, de sus partidos y de sus discursos, ¿no debe la sociedad asumir que su deber es dar soluciones en lugar de estar reclamándolas o implorándolas? Cada ciudadano debe ser capaz de decirse a sí mismo: «Lo que yo no resuelva, no tengo derecho a esperar que otro lo resuelva por mí». Y asumir en consecuencia que el mero reclamo y la mera petición son maneras tan sumisas de estar en el mundo como la indiferencia o el silencio cobarde. ¿No estará llegando la hora de no pedir ni esperar nada, de construir un modelo distinto? ¿No estará empezando a tener su sentido y su función la propuesta de desobediencia civil que Thoreau razonó hace un siglo y medio? ¿Supone esto abandonar al Estado en manos de los políticos corruptos, la economía en manos del mercado mundial, las calles en manos del hampa?

Ante esto hay varias alternativas. O uno acepta al Estado, cree en su legitimidad, y en esa medida confía en él, respeta sus reglas, participa en elecciones, sostiene en ese marco sus puntos de vista y lucha por imponerlos; o uno no acepta la legitimidad del Estado, se organiza por fuera de él o contra él, y lucha por la instauración de un Estado en el que pueda creer y confiar; o uno no cree en la validez de ningún Estado, y se organiza para sobrevivir en la selva del mundo sin dar por supuesto un contrato social y unas normas de convivencia. Yo sinceramente no creo que La sociedad colombiana pueda sobrevivir en su diversidad y su complejidad, con expectativas de una vida digna, en el ámbito del Estado actual, con sus supuestos mezquinos, su mole burocrática, su legalismo irresponsable y su corrupción; y a la vez no creo que podamos renunciar a la existencia de un Estado que mínimamente reglamente la convivencia social y garantice condiciones para la iniciativa privada, la regulación económica, la aplicación de la ley, la primacía del interés común sobre los intereses privados, la protección del ámbito inviolable de la libertad individual.

¿Qué hace que nuestra sociedad no reaccione? Tal vez lo mismo que hizo que dos hombres del pueblo alzarán sus hachas contra Rafael Uribe Uribe, que un hombre del pueblo asesinara a Jorge Eliécer Gaitán, que

durante la Violencia los pobres del partido azul fueran enemigos de los pobres del partido rojo y se degollaran por el color del pañuelo. Lo que nos paraliza es que en nuestra sociedad siempre imperó un solo lenguaje, el que Gaitán intentó erradicar del alma del pueblo, ese discurso excluyente y señorial que repite que unos cuantos son legítimamente dueños y voceros del país, y que todos los demás son la turba insignificante, la chusma. Es el discurso dissociador que excluye a todo lo que no forme parte del círculo de privilegios. El discurso económico que pretende que la situación del país se mide por las cifras de la inflación, del crecimiento económico, del producto interno bruto o de la tasa de cambio, y no por las verdaderas condiciones de vida de los individuos concretos. El discurso que sigue sosteniendo, como durante los dos siglos previos, que los únicos modelos válidos son los que nos dictan las metrópolis, y que no tenemos derecho a proponer alternativas, porque nuestro deber es ser dóciles réplicas de lo que inventan otros. Ese discurso ha remplazado la realidad de hambre y de sangre por un espectro de cifras, sondeos y promedios. Ese discurso se autoproclama feliz porque este fin de año hubo 297 crímenes «y no 302 como el año pasado». Ese discurso nos repite sin fin que vivimos en el mejor de los mundos, que Colombia es una de las democracias más perfectas que existen. Ciertos periódicos están concebidos para hacernos sentir que todo está bien, que la economía es pujante, que el crecimiento económico fue considerable, que las autoridades reportan normalidad, que Colombia es un país de seres abnegados pero felices, que le hacen frente a la inexplicable adversidad con optimismo y con fe en el futuro, y que en realidad nuestros males consisten en que hay unos cuantos bandidos de los que ya se encargará la policía. Se considera alarmismo decir que en Bogotá la gente tiene miedo de subirse en los buses ante la posibilidad de un atraco, que nadie quiere salir de noche a las calles porque la ciudadanía perdió el derecho a los espacios públicos, que tener auto es tan peligroso como andar a pie por los callejones, que todos los días oímos historias de familias que han sido saqueadas y amordazadas por el hampa en condiciones extremas de impunidad, que hay personas trabajando turnos de 24 horas por el salario mínimo, que hay capitales de departamento sin agua potable, que nadie se siente convocado por un proyecto de sociedad, que los jóvenes se aturden por gozar el

presente sin preguntas y sin pensamientos porque nadie cree en el futuro, salvo cuatro caballeros de industria y sus voceros en los medios de comunicación. Éstos tienen que esforzarse por combinar la información objetiva, a menudo escabrosa, con espectáculos entretenidos que atenúen el efecto desolador del verdadero país que nos cerca y para el que nadie parece tener soluciones; y hemos llegado al extremo de que ver cosas alarmantes es pesimismo; el optimismo consiste en decir por obligación que todo va bien e irá mejor, y mencionar los males se ha vuelto más censurable que los males mismos.

Es urgente decirle adiós en Colombia al doble partido liberal conservador, cuyas dos cabezas siempre están en desacuerdo en las minucias mezquinas del reparto y siempre de acuerdo en la lógica general de la ambición y del saqueo. Después de haber arruinado al país, siguen barajando los nombres de las mediocridades que nos gobernarán en el próximo siglo. No construyeron una nación, una industria, una cultura, un arte, una ciencia, una filosofía: hasta los bellos ejemplos de su arquitectura los demolieron ellos mismos por codicia, para vender los lotes al mejor postor; gastaron su momento histórico en simulacros estériles y despreciaron todo lo grande que Colombia tenía para ofrecerle al mundo. Nos convirtieron en un pobre país subalterno de ganapanes y de imitadores, pero algo profundo y sagrado impidió que ese proceso fuera completo: tal vez este territorio cuya riqueza natural sigue pasmando a los visitantes, esta riqueza cultural criolla y auténtica que cada vez se hace más importante y más vigorosa. Debemos extraer nuestra poesía del futuro, pero sin olvidar que, como dice García Márquez, y como pensaba Gaitán, uno no es de donde le llegan las modas, sino de donde tiene sembradas las tumbas. Esas generaciones colombianas que hicieron de éste un suelo mestizo y mulato, un suelo criollo, donde debemos buscar nuestra manera de ser, la cara de Colombia que el mundo aprenderá a respetar y a querer.

Pero ese país nuevo no es un mero sueño proyectado al inasible futuro sino una realidad que se ha ido construyendo por años y años. Esa Nueva República está viva en miles y miles de esfuerzos que interpretan de otro modo el país, que abren canales de expresión para la inmensa franja de colombianos excluidos por la miseria moral de las clases dirigentes.

Ninguno de los grandes sueños patrióticos, ninguno de los componentes del presentido Proyecto Nacional podrá ser olvidado por el país nuevo que nace sobre las ruinas del bipartidismo faccioso y de su Estado delincuente.

Ahí están, vivas, 60 naciones indígenas con sus mitologías, sus lenguas, sus filosofías trascendentales de respeto por la naturaleza y de armonía con el universo natural, con sus músicas, sus danzas, sus indumentarias, sus ornamentos, sus rituales, sus sabidurías ancestrales, su medicina y su magia, sus artes y sus artesanías. Ahí está la epopeya admirable de don Juan de Castellanos, quien nos narró minuciosamente el proceso de la conquista de la Nueva Granada, una obra llena de información sobre nuestros mayores de distintas razas y culturas; una de las poquísimas obras poéticas de nuestra tradición que nombra el territorio con admiración y con reverencia, una de las pocas en que existen los pueblos nativos, con su complejidad, su violencia y su heroísmo. Ahí está el ejemplo desafiante de la Expedición Botánica, la memoria de sus naturalistas y sus pintores, lo mismo que un tramo memorable de la Expedición de Aimé Bonpland y de Alexander von Humboldt. Ahí está el ejemplo de próceres como José María Carbonell, que realmente creyeron en la posibilidad de una autonomía política y en una independencia espiritual del poder opresivo de las metrópolis. Ahí están los ejemplos de José Hilario López, de Tomás Cipriano de Mosquera, y de todos aquellos, muchos pertenecientes a las clases dirigentes tradicionales, que creyeron en el país y procuraron su grandeza con verdadero amor por el territorio y verdadero respeto por su gente. Ahí está el ejemplo de la Comisión Corográfica; el doble viaje físico y literario de Jorge Isaacs descubriendo la riqueza y la belleza de los trópicos americanos; el pensamiento de Rafael Uribe Uribe y los viajes exploratorios de Rafael Reyes. Ahí está la sorprendente aventura lingüística de Rufino José Cuervo y la notable labor crítica de Baldomero Sanín Cano. Ahí están la saga fundadora de los antioqueños, la saga de los ferrocarriles, el sueño de una economía nacional que desde los años veinte nos propuso un destino distinto; la aventura legendaria de la navegación por el Magdalena; la aventura mental y verbal de José Eustasio Rivera explorando el Casanare y la selva, y denunciando el infierno de las caucherías. Ahí está la obra de Porfirio Barba Jacob, su vida de rebelde, de aventurero, de soñador, y de

hombre continental; el respetable proyecto liberal de Alfonso López Pumarejo y su Revolución en Marcha; el ejemplo ciudadano, la misteriosa elocuencia y el lúcido ideario político del más grande dirigente del siglo, Jorge Eliécer Gaitán. Ahí están la combatividad y la integridad de María Cano y de Ignacio Torres Giraldo; la lucha de los mártires de las bananeras; la Biblioteca Aldeana de Daniel Samper Ortega, y su generoso proyecto intelectual. Ahí está la obra lúcida, original, audaz, y profundamente comprometida con el país, del maestro Fernando González. Ahí está el ejemplo de los grandes líderes populares del MRL, el ejemplo de Alfonso Barberena luchando en las barriadas por las muchedumbres que llegaban huyendo de la Violencia. Ahí está la obra de Gabriel García Márquez, que hizo que Colombia ingresara en las letras universales; y ahí está la poesía edénica de Aurelio Arturo. Ahí están los grandes movimientos obreros de los años sesenta, el movimiento estético impulsado por Marta Traba, y el gran esfuerzo intelectual impulsado por Jorge Gaitán Durán y la revista *Mito*. Ahí está el ejemplo generoso de Camilo Torres Restrepo, capaz de dar todo por sus convicciones. Ahí está el Nadaísmo, expresión de la rebeldía juvenil en una década inolvidable, renovador del lenguaje literario y conciencia crítica de su tiempo. Ahí esté el largo y enriquecedor esfuerzo cultural de la revista *Eco* por mantener vivos los vínculos entre nuestra cultura y la gran tradición occidental. Ahí está el esfuerzo de Luis Carlos Galán por dignificar la política. Ahí está la música popular de Carlos Vieco y de Tartarín Moreira, de Guillermo Buitrago y de Lucho Bermúdez, de José A. Morales y de Jorge Villamil, del inspirado maestro José Barros y de Carlos Washington Andrade, de Crescendo Salcedo y de los juglares vallenatos. Ahí está la intensa y paciente labor filosófica de Danilo Cruz Vélez; y el genio reflexivo y la pedagogía estética de Estanislao Zuleta, que abrió nuestro pensamiento a los horizontes de la modernidad.

Es grande el trabajo que se ha hecho y grande el que resta por hacer, pero es posible que Colombia, sin saberlo muy bien, sin decírselo siquiera a sí misma, haya emprendido hace ya tiempo la tarea de propiciar una transformación que no pueda ser frustrada por las balas de la codicia. Sus mayorías renunciaron hace mucho a la fe en los líderes y en los partidos, pero importantes sectores de la población, apartándose del mundillo

prepotente y antinacional que nos gobernó, se han dedicado a la labor fecunda y duradera de reconocerse en el país y de construir un proyecto que no pueda ser socavado por la difamación ni por el crimen. Ha venido creciendo una conciencia distinta que no puede situarse ni acallarse, porque está en todas partes. Está en la labor admirable y generosa de Gerardo Reichel-Dolmatoff, quien nos reveló los mundos asombrosos de misterio y de sabiduría de los pueblos indígenas a los que nuestra cultera oficial había considerado siempre salvajes y primitivos. Está en la labor persistente de antropólogos y sociólogos, de biólogos e ingenieros, de médicos e investigadores que, como los miembros de la vieja Expedición Botánica, no ignoran las implicaciones políticas de su labor, no ignoran que su esfuerzo es parte de la búsqueda de un destino mejor para Colombia. Está en la creciente labor de escritores y artistas, de filósofos y psicólogos, de historiadores y arquitectos, de científicos y técnicos cuya silenciosa rebelión está en la voluntad de construir un saber que se deba a nosotros y que resuelva problemas de nuestra realidad, Al lado del país de los privilegios, del Estado corrupto y de sus políticos, al lado de las violencias guerrilleras y estatales, de la mafia y del hampa, al lado de las torturas y las ejecuciones sumarias, de las masacres políticas y de los cinismos electorales, ha ido creciendo ese otro país al que ya no engañan los poderes económicos egoístas y sus voceros en los medios de comunicación. De ese país indignado pero responsable y creador, de ese país que no es noticia, debe salir el futuro que Colombia merece.

Pero ese país en formación aún no está integrado en un Proyecto Nacional. Sus esfuerzos crecieron aislados, y por eso la nación donde se gesta la rebelión civilizadora, llamada a cambiar por fin los protagonistas de la historia colombiana, todavía produce la sensación de ser sólo un dilatado desastre en cine mudo. Todavía ese pensamiento plural no se ha cohesionado en un lenguaje que nos permita entrar en diálogo creador unos con otros. Aún impera el lenguaje receloso, faccioso y excluyente que nos enseñaron, pero en incontables ciudadanos existe ya la semilla de esa Nueva República, unida en su complejidad étnica y cultural, y a la vez respetuosa de sus diferencias. En la admirable literatura testimonial más reciente, después de 50 años de silencio, gentes del pueblo que fueron

protagonistas de una historia tremenda han empezado a reconstruir su destino mediante un lenguaje vivo y lleno de revelaciones. En lugar de pensar en dominarlo y en administrarlo, muchos colombianos están interrogando y pensando el país. Después de las valiosas Jornadas Regionales de Cultura, el alegre esfuerzo de las comunidades permitió salvar otra convocatoria cultural dignificadora y fecunda, el programa Crea, una expedición por la cultura Colombiana, sostenido a ciegas por varias administraciones sin comprender muy bien su valor, y que vino a sorprendernos con la riqueza, la diversidad y la vitalidad de nuestra cultura presente. El nuevo país crece en la labor de industrias y cooperativas regionales; de empresas solidarias; de movimientos ecológicos; de medios alternativos; de eventos literarios, artísticos y musicales de trascendencia mundial logrados gracias a la iniciativa particular en varias ciudades; en la dignidad de una nueva generación de periodistas responsables y valerosos; en creadores de música y danza que se han inclinado sobre las fuentes de su propia cultura para encontrar un lenguaje con el cual hablarle originalmente al mundo; en el trabajo de grupos y personas comprometidos con el país, que no tienen el menor afán por lanzarse a la conquista del poder, o que, habiendo conocido las redes paralizantes de su enorme laberinto kafkiano, ya saben cuán imposible es cambiar algo en la bruma pesadillesca de los incisos y de los occisos.

Sólo tomando posesión de ese lenguaje, múltiple y cohesionador, que le dé un nuevo sentido a la nación y a su historia, podremos llegar a constituir un movimiento capaz, no de reclamar ni de pedir sino de provocar los grandes cambios sociales que requiere el país y proponer una vida viable en el ámbito de las posibilidades contemporáneas. Para realizar una revolución que no pueda ser detenida y frustrada por las balas, se requiere la unión de la inteligencia, la creatividad y la solidaridad de millones de seres humanos, de los que ya saben que el poder existente sólo busca un futuro para esa exigua minoría que se avergüenza de sus compatriotas y que sistemáticamente los desprecia y los excluye.

Un país formidable en recursos y capaz de grandes empresas está en condiciones de nacer. Basta que los colombianos nos permitamos ser conscientes de nuestra fuerza, ser los voceros orgullosos de nuestro

territorio, los defensores de nuestra naturaleza y los hijos perspicaces de una historia que yace en el olvido. Hoy ya no se trata de alcanzar el cielo sino de salir del infierno, de un infierno de intolerancia y de desamparo circunscrito por la historia a la línea de nuestras fronteras. Pero bastará dar ese paso inicial que nos arrebate al horror para que ya sea posible soñar el país que Colombia, aleccionada por su historia, puede llegar a ser. Tarde o temprano tendremos que pensar, no en una economía aislada e independiente, cosa imposible, pero sí en una economía cuya primera prioridad sea la gente colombiana.

Yo sueño un país que esté unido física y espiritualmente con los demás países de la América del Sur. Que un grupo de jóvenes venezolanos o colombianos pueda tomar el tren en Caracas o en Bogotá y viajar, si así lo quieren, hasta los confines de Buenos Aires. En un mundo donde se hacen autopistas de isla en isla, no ha de ser imposible tender ese camino de unidad entre naciones hermanas. Yo sueño un país que cuando hable de desarrollo hable de desarrollo para todos, y no a expensas del planeta sino pensando también en el mundo que habitarán las generaciones futuras; que cuando hable de industria nacional sepa recordar, como Gaitán, que industria son por igual los empresarios, los trabajadores y los consumidores. Yo sueño un país consciente de sus tierras, de sus árboles, de sus mares y de sus criaturas, donde hablar de economía sea hablar de cómo vive el último de los hijos de la república. Yo sueño un país donde sea imposible que haya gentes durmiendo bajo los puentes o comiendo basuras en las calles. Yo sueño un país cuya moneda pueda mostrarse y negociarse en cualquier lugar del planeta. Yo sueño un país que gane medallas en los Juegos Olímpicos. Yo sueño un país de pueblos y ciudades hermosos y dignos, donde los que tengan más sientan el orgullo y la tranquilidad de saber que los otros viven dignamente. Yo sueño un país inteligente, es decir, un país donde cada quien sepa que todos necesitamos de todos, que la noche nos puede sorprender en cualquier parte, que el carro se nos puede varar en las altas carreteras solitarias, y que por ello es bueno que nos esforcemos por sembrar amistad y no resentimiento. Yo sueño un país donde un indio pueda no sólo ser indio con orgullo, sino que superando esta época en que se lo quiere educar en los errores de la civilización europea aprendamos con

respeto su saber profundo de armonía con el cosmos y de conservación de la naturaleza. Yo sueño un país donde tantos talentosos artistas, músicos y danzantes, actores y poetas, pintores y contadores de historias, dejen de ser figuras pintorescas y marginales, y se conviertan en voceros orgullosos de una nación, en los creadores de sus tradiciones. Todo eso sólo requiere la apasionada y festiva construcción de vínculos sinceros y valerosos. Y hay una pregunta que nos está haciendo la historia: ahora que el rojo y el azul han dejado de ser un camino, ¿dónde está la franja amarilla?

Marzo de 1996

3. Sobre Bogotá

Durante siglos Bogotá se caracterizó por ser la capital de un país con el que no se identificaba. Imponía a la nación un modelo cultural que nunca consultó las características humanas, geográficas e históricas de las regiones, y el país se acostumbró a mirar a su capital como se mira algo ilustre y lejano que nos descalifica, y en cuyo orden no cabemos, Todos entendían su importancia y su poder; nadie sentía amor ni cordialidad por esa fría ciudad de los páramos, tan europeísta, tan soberbia y tan distinguida. Y lo peor es que esto era sobre todo una pose, ya que Bogotá no construyó, ni para el país ni para sí misma, una cultura fiel a los paradigmas europeos de los que se envanecía. Ni filosofía, ni ciencia, ni un modelo urbano, ni un arte, ni una música, ni una gran industria; nada de lo que decía profesar se cumplió en la práctica. El suyo fue más bien un régimen de simulación y de imitación precaria. Las aventuras culturales fueron escasas y marginales, y casi nadie en la ciudad, y menos aún desde el poder, supo advertirlas y valorarlas. La tarea lingüística de Rufino José Cuervo y la aventura literaria de José Asunción Silva pasaron casi inadvertidas en un medio de burócratas y de frívolo ingenio.

Hasta la tercera década de este siglo, Bogotá seguía siendo ese rincón presuntuoso y vacuo que procuraba no parecerse al país. Vino el inicio del proceso de industrialización, llegó después la rebelión gaitanista, y con la muerte del caudillo llegó también la muerte de esa elegante y prepotente ciudad que no se había esforzado jamás por engrandecer el país, por pensar y valorar sus provincias. Muchos deploran todavía la caída de aquella ciudad colonial, con sus nostalgias virreinales, con sus muebles vieneses y su humor británico, con su aristocracia ocurrente, sus latinistas y sus

tertulias, pero la verdad es que esa ciudad no tuvo ninguna importancia para el mundo en tiempos en que México y Buenos Aires eran grandes capitales del espíritu. Y lo que es aún más grave, no tuvo ninguna importancia educadora y civilizadora para su propio país, al que desdeñaba. Creyó que tener una cultura no consistía en civilizar a una nación y en despertar un gran proceso de creatividad y de dignidad, sino tener unos cuantos eruditos y ser el reducto de unas pequeñas élites refinadas.

A partir de 1948, después de aquel incendio que no por real y atroz fue menos simbólico, comenzó en Colombia la Violencia, esa tremenda guerra civil que despobló los campos e hizo crecer de un modo descomunal las ciudades. Sobre las cenizas de la vieja ciudad arrogante y señorial, empezó a crecer la ciudad de los inmigrantes. En menos de cincuenta años Bogotá ha llegado a tener más de siete millones de habitantes, y se ha convertido en una de las metrópolis más conflictivas y dramáticas de Occidente. Mientras duró el modelo de la ciudad virreinal, el país se mantuvo al margen de esa capital administrativa, prepotente y burocrática. Con la llegada de los nuevos tiempos, el país se precipitó hacia la capital, buscando aquella vaga grandeza de la que había oído hablar, y esperando que al menos el ser bogotanos les diera una garantía de supervivencia y de futuro.

Es verdad que el crecimiento desmesurado de las ciudades es un mal planetario y les ha significado desafíos inmensos a todas las sociedades. Pero es difícil encontrar un caso más traumático que el proceso de crecimiento de Bogotá, y la prueba la podemos encontrar en el desorden de sus calles, en el caos urbano, en la crisis del transporte, en la hostilidad generalizada, en los altos índices de pobreza, en los alarmantes niveles de indigencia, en la corrupción de la administración, en la inseguridad, en la falta de un perfil cultural, en la falta de una identificación de la población con la ciudad en la que habita.

Bogotá ya no es lo que fue, pero nadie podría decir exactamente qué es ahora. No deja de ser significativo que en 1991, en el texto de la nueva constitución, se haya procurado volver a darle el nombre virreinal de Santafé de Bogotá, como un esfuerzo nostálgico por devolverle de un modo puramente formal su grandeza de otrora. Pero Bogotá no volverá a ser lo que fue, ahora su única posibilidad es la de descubrir lo que es, y tratar de

construir un sentido de su existencia a partir de esa clamorosa complejidad. Hay quienes sostienen que Bogotá es sólo una mole inmensa de fealdad y de desorden, sin nada que pueda ser utilizado para construir una ciudad verdadera y una cultura ciudadana, Pero siete millones de personas son siete millones de historias humanas llenas de sentido, de pasado y de esperanza; con esa materia básica se han cumplido siempre las grandes tareas históricas, y nadie tiene derecho a descalificar a un pueblo de la posibilidad de transformarse.

Hay que adquirir conciencia cabal de que la ciudad posible está en la ciudad presente. No se trata de inventar algo que no existe, sino de aprovechar y potenciar lo existente para obrar una transformación necesaria. Pero primera condición para ello es que cada quien adquiera conciencia de su propia importancia, no sólo para sí sino para la sociedad en su conjunto. ¿Cómo construir una comunidad capaz de valorarse y de sentir entusiasmo, sobre una tradición de siglos de exclusión, de descalificación de los humildes, y de arrogancia de las clases dirigentes? ¿Cómo superar un hábito de intolerancias, tanto autodesprecio resuelto en agresividad? No es posible crear ciudadanos si antes no se procede a dignificar seres humanos. Pero ello supone unas tareas económicas, políticas y sociales que no pueden ser reemplazadas por el mero proceso cultural. Sería tramposo pretender escamotear las reformas económicas y políticas que son urgentes para dignificar a la población, sustituyéndolas sofisticadamente por un mero discurso pedagógico, Pero como esas reformas políticas y económicas no se van a dar espontáneamente por iniciativa del poder, es preciso que la conciencia, el reclamo y la presión de las comunidades contribuyan a desencadenar y fortalecer ese proceso, y será en el esfuerzo por hacer valer sus derechos donde se consolide la conquista de autoestima de las comunidades y su dignificación.

¿Cómo ver en todo ser humano, por humilde o indigente que sea, el héroe de una novela, el protagonista de una valiosa aventura vital, sino mediante los recursos del arte? Una de las grandes conquistas de la estética contemporánea, secretamente fiel a los ideales de la democracia, es la capacidad de encontrar belleza y poesía en los seres anónimos, en los rincones humildes, en la multitud de destinos y de decorados que componen

la trama multitudinaria de las ciudades modernas. En el Renacimiento pudo profesarse la teoría de que lo bello y lo ilustre está en los grandes poderes y en las atmósferas deslumbrantes. Hasta el siglo XVIII todavía fue posible sostener una estética y una cultura basadas en el culto por los modelos aristocráticos y por el orden de los privilegios, pero el movimiento que giró alrededor de la Revolución Francesa trajo un enorme esfuerzo de dignificación de los seres humildes que no era una exaltación pintoresca y demagógica de sus desventuras, sino una generosa capacidad de encontrar nobleza y heroísmo en esas atmósferas y en esos caracteres. A tal estética corresponden grandes obras del siglo XIX como la poesía de Baudelaire y las novelas de Victor Hugo, de Balzac y de Dickens. Una mirada lúcida y noblemente humana supo exaltar la heroicidad de esos huéspedes del suburbio y poner a los indigentes de París y de Londres a convivir en condiciones de igualdad con los grandes héroes literarios de la epopeya clásica y de la tragedia renacentista. En nuestro siglo hemos visto cómo ese proceso ha sido llevado a su plenitud en obras como *Ulises* de James Joyce, *Berlín Alexanderplatz* de Alfred Döblin y la saga novelística de William Faulkner, donde seres aparentemente anodinos se exaltan en los grandes personajes trágicos de la época.

Nuestra cultura padeció mucho tiempo el peso de los modelos aristocráticos. Pero a lo largo de nuestro siglo se ha dado un esfuerzo vigoroso y creciente por encontrar la poesía de nuestra gente y por construir un sentido profundo de esta sociedad a partir de la vida de sus seres comunes. En la obra de don Tomás Carrasquilla está el arte de encontrar significación universal en el lenguaje y las historias de gentes humildes de una región del país. También la obra de Porfirio Barba Jacob muestra cómo un hombre de origen humilde pudo ser el portador de tremendas preguntas y el protagonista de grandes rebeliones espirituales. Así, el comienzo del proceso de urbanización en el continente había hecho surgir en Buenos Aires la obra ciclónica y rebelde del poeta Almafuerte, vocero de la cósmica rebelión de los suburbios y vigorizador de la lengua.

Nuestros pueblos tienen que recuperar algo que les fue arrebatado por las simulaciones de la cultura y por las arrogancias del poder: su conciencia de ser creadores del lenguaje y voceros del espíritu. La gente de nuestras

ciudades debe ser convocada a contar su historia, que es la historia de todos, Y formar ciudadanos es formar seres críticos, que cobren conciencia de la realidad a la que se han ido adaptando por las sutiles manipulaciones de la información y las abiertas arbitrariedades de la fuerza y descubran cuán invivible resulta en realidad.

Aquí solemos quejarnos de que el pueblo es pasivo, pero no nos gusta recordar que cada vez que el pueblo se enardece, la respuesta que obtiene no son soluciones sino represión o promesas demagógicas que siempre se incumplen. Nuestro orden social se caracteriza por una gran desconfianza de la gente, justamente porque se sabe que la estructura en que habitamos es injusta y hecha para garantizar privilegios. La verdad es que la palabra democracia, con todas sus implicaciones es altamente subversiva, y nuestra pretensión de formar ciudadanos choca con la evidencia de que formarlos es poner en peligro todo un régimen de iniquidades y desequilibrios. Pero la democracia tiene el deber de no idealizar al pueblo, por la simple razón de que una comunidad malformada por la arbitrariedad y la manipulación termina pareciéndose a lo que la tiraniza. Para que la democracia funcione es preciso procurar que se formen ciudadanos calificados, capaces de criterio, de principios, de responsabilidad social, y de tener conciencia de sus derechos. Nuestras sociedades demagógicas postran a las comunidades en la precariedad, y después son capaces de manipularlas para que salgan por cualquier moneda a apoyar lo que las degrada y las excluye. Las comparsas de la democracia aparente en sociedades señoriales antipopulares son un espectáculo desalentador. Por eso un proceso de dignificación de la comunidad no puede ser manipulado por el poder, y no hay nada más sospechoso en una sociedad pauperizada y acrítica que las manifestaciones de respaldo organizadas con los recursos del Estado.

La autonomía popular es la sola garantía de seriedad de un proceso de dignificación ciudadana. Pasará mucho tiempo entre el momento en que un pueblo excluido y descalificado se dignifique a sí mismo y cobre conciencia de su capacidad, y el momento en que salga a ofrecer espontáneos respaldos políticos. Movilizarlos con promesas es demagogia y utilizarlos para defender posiciones políticas es manipulación irresponsable y cinismo.

El primer paso de un proceso de formación ciudadana no es aparentemente un paso social. Consiste en confrontar a cada quien con su propia idea de sí mismo, y sospecho que sólo pueble cumplirse en el ámbito profundamente personal de la experiencia artística, o en el campo de la conversación y la polémica. Lo primero que hay que hacer es permitir que las personas se conviertan en interlocutores respetados y respetuosos, sea cual sea el tema sobre el cual se dé el diálogo. El segundo paso es procurar la presencia de alguien que con su información y con su criterio contribuya a provocar la necesaria perplejidad de las personas con respecto al mundo en que viven. Una situación insoportable puede ser soportada por muchos sólo porque tienen la idea de que es algo natural y por ello inevitable. Bastaría que surja en ellos la duda sobre esa fatalidad, o que descubran la existencia verosímil de una alternativa, para que la situación tolerada siempre empiece a volverse invivible. Una persona sólo puede vivir sin árboles mientras no surja en ella la conciencia profunda de que la vida con árboles es más grata y más bella. El verdadero enemigo de los pobres no es el capitalismo sino la resignación. Y lo más difícil es impedir que cuando la gente deje de resignarse a ser pobre, empiece a resignarse a ser delincuente. Porque en el primer caso se resigna a ser la víctima, pero en el segundo se resigna a que las víctimas sean los otros. Por ello la alternativa a la resignación es la acción común, la solidaridad, El Estado existe para evitar que los conflictos sociales tengan víctimas, para garantizar un principio armonizador que reduzca al mínimo el número de seres que en lugar de vivirlo deben padecer el orden social. Un Estado que permita la existencia de innumerables víctimas es un error y tiene que ser modificado.

Formar ciudadanos, en las condiciones de Bogotá hoy, tiene que significar, no formar seres que perpetúen lo existente, sino seres que contribuyan rápidamente a su transformación. Para ello tienen que transformarse ellos mismos, y esa transformación no supone cambiar lo que son sino básicamente la conciencia de lo que son, hacerse consecuentes con su realidad y no prestarse a engaños. La condición humana reclama en todos algunas cosas elementales idénticas. La increíble pretensión de que lo que es elemental para unos es lujo innecesario para otros tiene que abandonarse. Todos necesitamos alimento, techo, trabajo, dignidad, cultura

y un sentimiento profundo de pertenencia a la ciudad y a la sociedad. Y más vale que el Estado esté dispuesto a escuchar estas exigencias y a contribuir a su solución. Si no lo hace, estará autorizando a la sociedad a satisfacer sus necesidades por el camino que considere más práctico. Cuando evidentemente no coinciden, el interés de la comunidad es mucho más importante que la mera letra de la ley.

Febrero de 1996

4. Estanislao Zuleta: la amistad y el saber

«¿Sabes cómo nos hacemos humanos? —me dijo alguna vez Estanislao Zuleta—. Al nacer no somos más que criaturas de la naturaleza, un poco más despojadas de instintos que las otras. ¿Qué crees que nos hace acceder a la cultura, qué nos incorpora a la humanidad? Es la mirada de los otros. La expectativa de nuestra madre, la aceptación de quienes nos reciben en el mundo. Esa expectativa, esa mirada, configura en nosotros un ser posible. Viéndonos en sus ojos llegamos a ser como ellos».

No estoy seguro de haber repetido aquí literalmente las palabras de Estanislao, pero sé que ese era el sentido de su afirmación. Y en el momento en que la oí no capté cuán profundamente Estanislao estaba no sólo reflexionando sobre el conocimiento, sobre el aprendizaje, sino de algún modo explicando su propia actitud hacia el saber, y el tipo de relación que él establecía con los otros.

Para intentar acercarme a los secretos de aquella afirmación, quiero traer a mi memoria otro hecho, que no tiene que ver físicamente con Estanislao, pero sí con su pensamiento. Visitaba yo alguna vez en Cali a Ilse König, una querida amiga, y vi que estaba hablando con su hijo de meses, explicándole de un modo detallado algo que evidentemente él no podía comprender. Al ver la extrañeza en mi rostro, ella sonrió y me dijo: «Yo sé que él no entiende mi explicación, pero entiende que le estoy explicando, y eso es lo más importante».

Con el paso del tiempo, ambos recuerdos se han aproximado en mi mente, y ahora capto mejor la afinidad que hay entre la afirmación de Estanislao de que lo que nos configura como humanos es la mirada de los otros, y la afirmación de Use de que los niños antes de entender las palabras

entienden los gestos y las actitudes, que el complejo lenguaje de los afectos es más intenso, más profundo y más universal que el tardío lenguaje verbal.

La educación formal suele producir en nosotros la sensación o la convicción de que todo saber es un aparato de conceptos, de informaciones, de datos eruditos o de fórmulas que otros han adquirido y que simplemente se transmiten a través del lenguaje. Educar, ya se sabe, es apartar a un ser de lo que originalmente era, para inscribirlo en una tradición ilustre. Se piensa que antes de la educación y antes del saber sólo hay en nosotros error e ignorancia, y así se justifican los rigores cuartelados de la educación formal, la incorporación más o menos severa o violenta a una disciplina. Por otra parte, uno de los mayores esfuerzos de la educación convencional que conocemos consiste en combatir nuestra singularidad e inscribir nuestra conducta en unos cánones uniformes.

Como ustedes saben, Estanislao Zuleta, uno de los más intensos pensadores de nuestro país, un hombre cuya vastísima cultura abarcaba las disciplinas más diversas; que podía hablar con igual profundidad sobre temas de historia, de economía, de psicología, de política, de literatura, de antropología, de estética, desertó muy temprano de la escuela y dedicó su vida entera a la lectura y la conversación. Un amigo y protector suyo le explicó a su familia que Estanislao tenía razón en retirarse de la escuela porque ésta no le dejaba tiempo para estudiar. Esto tiene el mismo sentido que aquella frase tan famosa de alguien, tal vez de Bernard Shaw, «Mi educación se vio interrumpida por mi ingreso a la escuela».

Lo fundamental de la crítica a la educación que hizo a lo largo de toda su vida Estanislao Zuleta podría resumirse diciendo que él nunca creyó ni en la posibilidad de una transmisión mecánica del conocimiento, de alguien que tiene mucho a alguien que no tiene nada, ni en la posibilidad de una transmisión autoritaria de ningún saber, Porque el saber es libertad, porque el pensamiento, la reflexión, el conocimiento tienen que ser experiencias liberadoras, y no es concebible que la libertad nos sea administrada por la vía de la imposición y de la negación de lo que somos. Estanislao insistía continuamente en la necesidad de asumir a los otros como iguales, como interlocutores válidos, y en la necesidad de aproximarnos los unos a los otros sin las ínfulas de los grandes sabios, sin la arrogancia excluyente de

quien se siente superior por estar administrando una información o una fórmula.

El pensamiento de Estanislao se configura así inicialmente como una crítica del poder, de ese poder autoritario y excluyente que suele infiltrarse por todas partes en el tejido social y que suele ser causa no sólo de muchas violencias sino de muchas frustraciones. Cuántos seres humanos no se ven expulsados del camino que pudo haber sido su felicidad o su serenidad o su paz, de aquel camino hacia el que profundamente los llevaba su fuerza interior, por haberse encontrado con las deformaciones, las arideces y las arbitrariedades propias de un saber simulado, de unas actitudes incomprensivas e irrespetuosas. Lo primero que intentó hacer Estanislao fue ponerse a salvo él mismo, y desarrollar una reflexión que permitiera mirar ese mundo del poder con cierta lejanía, con independencia. Pero por supuesto esa reflexión de Estanislao no se circunscribe exclusivamente al ámbito de la academia y de sus poderes. Él quería entender de qué manera se va formando o deformando el tejido social, y fue siempre alguien profundamente preocupado por las peculiaridades admirables y por las peculiaridades terribles de la América Latina, en particular de Colombia.

En una época embelesada por las promesas de la especialización, Estanislao estaba interesado en todas las disciplinas, estaba interesado en aproximar las verdades de distintas ciencias y de distintos pensamientos. Quería de algún modo ser lo que Aldous Huxley reclamaba en sus conferencias de Santa Bárbara: un «pontifex» en su sentido original, un hacedor de puentes entre disciplinas diversas. Su punto de partida debió ser este: sólo vale la pena pensar, reflexionar e investigar en la medida en que esas cosas nos sirvan para vivir mejor individual y colectivamente, para percibir mejor el mundo, para entendernos mejor con los otros. Y por supuesto, todo saber se justifica si tiene relación con el ser humano y con su destino en la tierra. Pero si esa es la razón más profunda del pensar y del aprender, ¿cómo puedo limitarme exclusivamente a un ámbito particular y renunciar al universo? Todo ser humano es fisiología, lenguaje, psicología, ética, historia, geografía, matemáticas, astronomía, óptica, mecánica, química, metafísica, fábula y pensamiento. ¿Cómo puede alguien encerrarse en una de esas disciplinas, o en una fracción de una de esas disciplinas, y

volverse ciego a todas las demás sino por un proceso de deformación del sentido de su vida y de creciente insensibilidad?

Lo primero que habría que abandonar es la pretensión de saber por mera vanidad, por el mero deseo pueril de ser superiores a los demás, o por el deseo de adquirir un poder sobre los otros. Sin embargo, muy a menudo la educación nos es propuesta como una manera de superar a los demás o de imponernos sobre ellos; como una forma de la competencia y como la búsqueda de una supremacía. En muchas culturas, sobre todo en la cultura occidental, se ha asumido que el encuentro entre poblaciones o naciones supone un choque que debe dirimirse por la vía de una supremacía, de una hegemonía, que alguien tiene que ganar y que alguien tiene que ser derrotado. Y por supuesto, es la cultura a la que pertenecemos la que siempre tiene la razón, la verdad única fuera de la cual no hay salvación.

Estanislao sabía que los colombianos pertenecemos a una cultura profundamente marcada por los estigmas del colonialismo. Las culturas de los pueblos nativos americanos fueron totalmente descalificadas por las culturas de los pueblos europeos que los invadieron; aquí fue declarado salvaje todo lo que no correspondiera al modelo de una civilización que se impuso, no mediante la argumentación, sino mediante la espada y la pólvora. Esto sentó el precedente de que la verdad es la fuerza. Adorar unas figuras de piedra o unas ranas de oro es insensatez y barbarie, adorar un par de leños cruzados es un acto profundo de sensatez y piedad. Y ello, sólo porque los leños venían respaldados por cañones y por abundante munición. Pero muy pronto los hijos de los españoles comenzaron a percibir aquí que por el mero hecho de haber nacido en América ya eran mirados como inferiores por la metrópoli, que la idea de la pureza del origen se abría camino como prueba de dignidad, y terminaron rebelándose contra la humillación que representaba la colonia, el sometimiento a la corona. Pero como suele ocurrir en este mundo de poderes y de apetitos, los criollos que acaudillaron la independencia no estaban libres del mismo sentimiento con respecto a los mestizos, a los indios y a los negros que quedaban en el territorio. Y los mestizos a su vez se sentían superiores, en un juego que se había nutrido de las estratificaciones y las jerarquizaciones de la Colonia,

pero que no se iba a abandonar tan fácilmente con la llegada de lo que entonces se llamaba aquí la libertad.

En realidad allí ocurrió un fenómeno muy llamativo, y sorprende que no haya sido suficientemente señalado por los historiadores. A veces uno incluso pensaría que el fenómeno no fue advertido. Y es este. Durante la Colonia, el orden mental, el orden filosófico, el orden religioso al que pertenecíamos presuponía la desigualdad. Así como los reyes eran reyes por derecho divino y los europeos eran naturalmente superiores a los americanos, así mismo el territorio nuestro era una provincia marginal que, como diría Hegel, no pertenecía a la historia, nuestros pueblos americanos y afroamericanos no constituían una humanidad del mismo nivel que la de los señores metropolitanos, todo esto hacía parte de una lógica generalmente aceptada, y es fácil comprobar que durante la Colonia las rebeliones populares se daban contra la mala administración o contra los abusos materiales, pero no contra el principio de la monarquía, ni contra la jerarquización de la sociedad, ni contra la idea de la superioridad de unos hombres o de unas formas culturales.

Pero los hombres que lideraron el movimiento de independencia fundaron su pensamiento y su acción en los principios de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa, en la Declaración de los Derechos del Hombre, en el principio de la democracia a la manera Francesa y norteamericana, en la división de los poderes públicos debido al pensamiento de la Ilustración. De tal modo, teniendo en cuenta las ideas de las que supuestamente nacieron estas repúblicas, son las nuestras las primeras naciones fundadas sobre los pilares de la modernidad, las que nacieron en el momento en que se derrumbaba el orden mental del mundo antiguo, las que nacieron del supuesto de que ya no se justificaban los privilegios, ni las jerarquías, ni el desprecio por los humildes, ni la desigualdad ante la ley, ni la superioridad fundada en la raza, en la cuna o en la riqueza. Así, nuestra lucha parecía configurarse no sólo como una guerra de independencia sino como una revolución social que seguía los pasos de las ideas liberadoras del siglo XVIII y de las grandes revoluciones de aquel tiempo; sin embargo, todos sabemos que desde entonces se dio una profunda discordia entre el texto de los principios en que se funda nuestro

orden social, de las constituciones y las leyes que lo exponen y lo sustentan, y la realidad en que todos vivimos. No sólo siguió existiendo por años la esclavitud legal, y después la discriminación oprobiosa de la raza negra; no sólo se siguieron despreciando y descalificando las culturas de las 120 naciones indígenas que formaban parte sagrada de nuestra república, sino que se las condenó al exterminio, hasta el punto de que hoy apenas sobreviven grupos reducidos de la mitad de esas naciones, mientras que la otra mitad ha desaparecido en un proceso de escandalosa crueldad, y también de insensatez, ya que hoy nadie ignora que en esas culturas estaba buena parte de la sabiduría necesaria para conservar este territorio y la complejidad de su riqueza natural, lo mismo que una inspiración artística, unas filosofías y unas mitologías que nos habrían hecho uno de los pueblos más singulares y dardivosos de futuro para el planeta.

Todo se diluyó en intolerancias y exclusiones, en cruzadas de aniquilación, en irrespeto y crueldad, a lo largo de años y décadas que prolongaron, ya sin la menor justificación ideológica, la cósmica y brutal ineptitud de la Conquista. Y fiel a las auroras de sangre de su origen, a su triste destino de ser hija de razas que se odiaban, de ser hija de la violación y de la falta de ternura, la joven república fue perpetuando su ritual de odio y de violencia en una larga cadena de guerras civiles, de estériles y rituales guerras de aldea, cuya alarmante progresión va creciendo y parece proyectar su amenaza sobre todo el futuro.

Estanislao entendió el pensamiento, el conocimiento, la actividad intelectual, como un esfuerzo múltiple y consciente por hacer mejor nuestra vida. Creía sinceramente en los principios de la democracia, de los derechos humanos, en los ideales de la Revolución Francesa y de la Ilustración. Sabía que los inspiradores de esa revolución anhelaban una Grecia sin esclavos, no el mero triunfo de la burguesía comercial. Creía en la irreductible dignidad de todo ser humano y combatió con todas sus fuerzas, con todos sus argumentos, los abiertos o sutiles sofismas que utiliza la sociedad moderna, sobre todo la sociedad colombiana, para descalificar a los humildes y a los débiles, para declarar indignos del pensamiento, del derecho, de la libertad, de la dignidad y aun de la vida a todos los que no hayan tenido la fortuna de nacer en la franja de los privilegios. Estanislao

entendía que Colombia nunca llegaría a ser un país verdadero, digno, sereno, creador, próspero y pacífico, mientras no fuera capaz de dignificar a su población, sujeta durante siglos al desdén de los poderosos, y mientras no se asumiera la exaltación de la condición humana aun del más humilde de los hijos de la república. Porque, ciertamente, ¿cómo se puede esperar que se comporten como ciudadanos unos seres que nunca han sido tratados siquiera como seres humanos? Más bien asombra ver a las grandes multitudes humildes de este país que, crecidas en la penuria, la escasez y la discriminación, son un modelo de respeto por los demás, de abnegación y de nobleza; mientras que son más bien las clases medias que han tenido acceso a ciertas comodidades y a ciertas posibilidades de educación, las que muestran una conducta más antisocial; así como son las grandes castas favorecidas por todos los privilegios las que se muestran más insensibles socialmente y con menos voluntad de asumir una responsabilidad trascendental por el país del que derivan su riqueza.

En la primera mitad de este siglo Colombia asistió indiferente al florecimiento de la filosofía de Fernando González, quien entendió muy temprano que nunca llegaríamos a existir para la historia si no asumíamos la tarea de ser latinoamericanos y de ser colombianos. Llevábamos demasiado tiempo tratando de ser españoles, de ser franceses, de ser ingleses, de ser norteamericanos. Hasta mexicanos tratábamos de ser. Pero nunca habíamos emprendido colectivamente la hermosa y honrosa tarea de descubrir quiénes éramos en realidad, de tratar de ser colombianos, de reconocernos en nuestra naturaleza, en nuestra geografía en nuestra diversidad cultural, en nuestra música, en el trabajo creador de tantos hombres admirables que aquí lucharon contra la corriente creando, imaginando, construyendo una cultura que casi nunca fue reconocida ni exaltada, porque éste había sido siempre el reino de la simulación, porque nos avergonzaba ser americanos y pertenecer a estos trópicos indomables, porque teníamos que ser «La Atenas Suramericana» o cualquiera de esas sonoras imposturas que aquí adentro nos embelesan y de las que nadie se entera jamás fuera de nuestras fronteras.

Pero Fernando González, apasionado, impulsivo, vehemente, aunque siempre lúcido, no se limitó a recomendar esa urgente tarea de definir el

contorno de nuestro ser, de afirmarnos en lo mejor de nuestra tradición y exaltarlo. Él mismo asumió con gran audacia y con firme convicción la tarea de desarrollar un pensamiento que se pareciera a nosotros. Él sabía mejor que nadie que no somos europeos, que no puede esperarse que salgan de nosotros en el campo de la filosofía esos vastos, ambiciosos y a menudo inútiles sistemas que pretenden dar razón de todas las cosas y resolver de una vez todos los enigmas del espíritu humano. Él utilizó el lenguaje de todos los días, intentó aliar las aventuras del pensamiento con la fluidez y la eficacia del habla popular, no se fingía erudito, era algo más hondo, un colombiano tratando, casi por primera vez, de pensar su mundo, sus virtudes, sus defectos, de desnudar las incoherencias de un orden social demasiado lleno de conflictos, de atropellos y de imposturas. El poeta José Manuel Arango ha dicho algo muy bello en un poema que escribió sobre Fernando González, ha dicho que este filósofo: «Usó para pensarnos el dialecto que hablamos».

Pues bien, Estanislao Zuleta fue hijo de ese ejemplo, y aunque después intelectualmente se haya apartado de muchas de las ideas de Fernando González y haya seguido otro rumbo, siempre le fue fiel al propósito de interrogarlo que somos y de buscar un camino para entender nuestro mundo y para acceder al universo. No podemos olvidar que Fernando González fue el mentor de Estanislao, que éste vivió su infancia conversando con aquel amigo de su padre que de algún modo había decidido remplazado, ya que el padre de Estanislao había muerto muy temprano, y el principal recuerdo que tenía era que Fernando González no le enseñaba, no le decía verdades, sino que pensaba a su lado, sugería cosas sobre lo que veían por los caminos, y le hacía preguntas de esas que no esperan respuesta sino que son más bien cavilaciones y conjeturas, Es decir, desde el comienzo, por una afortunada casualidad, Estanislao Zuleta tuvo la oportunidad de relacionarse con un hombre lleno de sabiduría y de nobleza humana, y de ser tratado desde su infancia como un interlocutor válido, como alguien digno del pensamiento, del arte y de la belleza del mundo. Esto le permitió llegar a ser ese profundo explorador de las culturas y de las ciencias, asumir como nadie en la historia de Colombia que no sólo podemos acercarnos a la tradición occidental sino asumirla críticamente como nuestro legado, asumir

que un colombiano es tan digno del universo como cualquier otro hijo del planeta, y que lo que permite las grandes aventuras del espíritu es la convicción de estar en el centro de un mundo y el no asumirse como alguien condenado a las orillas. Siglos de colonialismo nos habían hecho inhábiles para ocupar un lugar en la historia. Sólo la pasión romántica de los hombres de la Independencia los convirtió por breve tiempo en grandes protagonistas de la historia de Occidente, pero después de ese hermoso relámpago nuestros pueblos se hundieron en una deplorable postración, volvieron a asumirse como hijos inhábiles de un submundo tropical y volvieron a pasmarse en el culto de lo remoto, a reverenciar servilmente todo lo bueno y lo malo de una tradición ilustre, y renunciaron a la urgente tarea de asumir la responsabilidad por el planeta y el desafío de construir ese mundo nuevo que es el deber y el destino de América.

También por eso Estanislao desconfió desde muy temprano de ciertas supersticiones que pasan por ser incuestionables verdades. Desconfió de la inteligencia, desconfió del talento, abominó de todo lo que pretende cifrar en la fatalidad de las razas o de las culturas la causa de males que tienen su origen más bien en la historia y en sus injusticias. De un modo persistente sostuvo que todo lo que somos culturalmente es hijo de nuestra cultura, no de nuestra naturaleza, y que todo esfuerzo por cifrar en la biología las causas de nuestra conducta debe ser mirado con especial cautela. Un hombre tan lúcido como él no pudo dejar de sentir la opresión de aquellos años terribles de la Segunda Guerra Mundial, que correspondieron a su infancia, ni la sombra con que los fenómenos visibles del fascismo comprometieron el porvenir de la especie. Comprendió que era urgente desmontar la sofística de los racismos, de los determinismos absolutos, el culto por los ídolos gentilicios, la intolerancia, el dogmatismo, el culto ciego de los libros, la pretensión de superioridad de los pueblos conquistadores.

Alguna vez Chesterton afirmó que todos aquellos que, como Lombroso, pretenden encontrar en los tipos raciales una explicación de las conductas criminales, todos los que pretenden deducir la moral por la fisonomía, han llegado siempre a la misma conclusión: que todos los criminales tienen cara de pobres. Con ello quería advertir cuán fácil es que los teóricos se dejen

engañar por sus propios prejuicios y no sepan buscar las causas de los fenómenos en el sitio correcto.

Desmontar esa red de supersticiones acerca de los pueblos elegidos y de las razas puras, de las naciones civilizadas y las sociedades que encarnan el orden, era más urgente aún en nuestros países que en las grandes metrópolis, porque por nuestra composición racial y cultural nadie corre más el peligro de convertirse en víctima, o más bien de seguir siendo víctima, de las pretensiones civilizadoras de todos los fascismos. Estos pueblos mestizos tropicales, empobrecidos por el saqueo secular, silenciados por una poderosa opresión, abrumados por el peso, el lujo y la soberbia de unas ideologías arrogantes, seguían creciendo en el apocamiento y en la impostura. Poco importaba que los aztecas hubieran demostrado cuán capaces de arte, de arquitectura, de poesía y de complejidad cultural eran los pueblos americanos; poco importaba que nuestros sosegados pueblos andinos hubieran desarrollado una orfebrería y una alfarería incomparables; poco importaba que los kogis de la Sierra Nevada hubieran atesorado una sabiduría trascendental de amistad con la tierra que cada vez se hará más necesaria para el mundo a medida que avancen la depredación y la profanación, poco importaba todo eso, porque desde el Descubrimiento los pueblos americanos fueron compelidos al culto de una sola tradición, y no hemos hecho otra cosa durante siglos que oficiar en los altares de un mundo que sistemáticamente nos niega nuestro derecho a la singularidad, y sólo nos respeta a condición de que seamos sus dóciles pajes.

Pero la intención de Estanislao no fue nunca renunciar al legado de la cultura occidental a la que tan profundamente pertenecemos por el hecho elemental de que somos sus hijos y hablamos una lengua que es prolongación directa de Grecia y de Roma. Más bien asumió la tarea de aliar su pensamiento con el de tantos grandes pensadores y artistas que en el seno de la cultura europea y norteamericana desarrollaban su crítica a las ambiciones y las estupideces de Occidente. Entendió que no se trata de estimular una mera confrontación entre el mundo nuevo y el viejo sino en encontrar un camino para que el planeta entero, con toda su riqueza y su

complejidad, pueda sobrevivir a las soberbias y las imprudencias del actual orden del mundo.

Existen muchas maneras de asumir el conocimiento. Hay quien piensa que hay que estudiar, que hay que leer para saberlo todo, y entiende el estudio como un proceso acumulativo, como un esfuerzo fatigoso por abarcar todo el saber posible. Ese propósito quimérico suele llevar a la desesperación, cuando no al escepticismo o el cinismo extremo, porque no hay memoria ni corazón humano capaz de convertirse en el recipiente de toda la información que han acumulado los hombres, Pero además de quimérico, ese propósito es sobre todo inútil y estéril. Más importante es mirar la lectura y el conocimiento como una manera de mantener el espíritu alerta para la solución de los problemas que continuamente se plantean a la vida y a la imaginación. Como aliados continuos de la conducta, hechos para estimular la reflexión y para ayudarnos a vivir. Así, Estanislao se dedicó con idéntica pasión al estudio de la economía y de la política, de la filosofía y de la estética. Sabía muchas cosas y su asombrosa memoria podía producir la ilusión de que las sabía todas, pero lo verdaderamente notable en él es la capacidad de asociación, la capacidad de pensamiento, ese talento para relacionar unos datos con otros, para abstraer y generalizar. En esa universalidad de su pensamiento y en esa voluntad de mirar un tema desde muchas perspectivas está sin duda uno de los secretos de su fecundidad intelectual, y del valioso legado que son para nosotros su obra y su ejemplo.

No podemos decir simplemente que era un lector de Kant o conocedor de Dostoievski, un experto en el Quijote o en Marx, profundo estudioso de Freud o de Nietzsche, eso sería equipararlo a tantos convencionales especialistas. Él derivaba de las obras enseñanzas profundas para la vida, era un hombre en proceso de aprendizaje y aprender para él significaba ir ajustando la vida a las convicciones que se iban desprendiendo de sus lecturas y sus reflexiones. Por eso no podemos buscar en la obra de Estanislao las respuestas definitivas a los problemas de la economía, de la política, de la psicología. Más bien podemos encontrar a menudo que sus obras se corrigen a sí mismas, están siempre abiertas a una nueva interpretación, a otro resultado. Son el ejemplo de alguien que, como quería

Borges, «busca por el placer de buscar, no por el de encontrar», de modo que siendo abundantes sus hallazgos, más importante es la manera de su relación con el pensamiento.

Si recordamos los versos de Eliot:

¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?

*¿Dónde la sabiduría que hemos perdido en
conocimiento?*

*¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en
información?*

nos será más fácil entender que Estanislao no era un ser ingenuamente sediento de información, ni astutamente ávido de conocimiento, y que en cambio sí nos es posible decir de él algo que él no habría aceptado —dadas su sencillez y su modestia— que buscaba una sabiduría de la vida, y que esa sabiduría comprometía por igual al pensamiento y a la conducta. Estoy seguro de que se equivocó muchas veces, porque nadie que asuma un destino intelectual puede estar libre de las tentaciones, los halagos y los peligros del pensamiento. Pero no hubo tal vez un solo error suyo que, advertido antes por él, no fuera objeto de su reflexión, y frente al cual no hiciera un esfuerzo intenso y sincero por replantearse los hechos o las ideas y obrar en consecuencia. Cervantes lo convenció de que un hombre puede derivar triunfos de su derrota y fortaleza de su debilidad, Dostoievski le demostró que el acto de la literatura es menos un laborioso ejercicio de estilo que una poderosa incandescencia y que sólo ese fuego de las profundidades nos brinda grandes revelaciones; Kant no sólo lo llevó a asumir, aun contra sí mismo, una vigorosa crítica de la razón, sino que le sugirió temas e inquietudes estéticas que Estanislao incorporó a su vida, como la posibilidad de concebir y exaltar la abstracción en el arte, o la alta valoración de la conversación como una de las artes fundamentales, Verlo reflexionar sobre Shakespeare era asistir a una prueba asombrosa de conocimiento. Estanislao podía hablar del carácter de cada uno de aquellos personajes como si tuviera el libro al frente, y aplicarse a la exploración de

los caracteres y de sus influencias recíprocas de un modo perspicaz y revelador.

De él aprendí que los temas y los personajes de la literatura pueden ser vividos como intensas y urgentes realidades, y pude abandonar la ilusión de que la literatura es un mero juego o una distracción de las horas ociosas. También la idea, muy frecuente entre nosotros, de que los asuntos verdaderamente importantes están en el campo de la ciencia y de la filosofía, en tanto que el arte y la literatura son secundarias gratificaciones. En estos tiempos confusos y fecundos, cuando los pensadores se vuelven a buscar por fin en el lenguaje la clave de todo nuestro orden mental y los fundamentos de nuestros procesos históricos, empezaremos a advertir cada vez con mayor nitidez que la tendencia de los pensadores americanos a valorar al mismo nivel los asuntos filosóficos y los estéticos, no era una suerte de escapismo hacia los halagos de la sensorialidad sino la intuición de una alianza que será fundamental para el futuro de la especie. Tratando de volver a los misterios del espíritu presocrático, los filósofos modernos de Europa, desde Schopenhauer y Nietzsche, han intentado volver a aliar la filosofía con la poesía, y han vuelto a privilegiar el sentido de la belleza y aun de la musicalidad en sus obras. Ello puede ayudarnos a valorar la afirmación de Auden, según la cual lo más característico del pensamiento americano es que no ha puesto el énfasis sobre la verdad, a la manera de los racionalismos clásicos europeos, sino sobre la belleza como armonía y misterio. Auden solía recordar aquellas palabras de Poe en el prólogo de su debatido ensayo cosmológico *Eureka*: «Ofrezco este libro de verdades, no por su carácter de enunciador de verdades, sino por la belleza que abunda, en su verdad y que constituye su verdad... Lo que aquí propongo es verdadero: por lo tanto no puede morir... Sin embargo es sólo como un poema que yo quisiera que este libro sea juzgado después de mi muerte». Estanislao Zuleta pertenece a una estirpe de pensadores en la que podemos inscribir los nombres de Macedonio Fernández y Fernando González, menos interesados por dejar una obra como un sistema o un cuerpo conceptual que por convertir la vida entera en una apasionada aventura de exploración y de descubrimiento. Hay en ellos el resurgir de una antigua costumbre occidental, la del maestro que hace del diálogo su instrumento de

reflexión, su método filosófico, o si queremos ir más lejos y plantearlo de acuerdo con Kant, su arte.

Nuestra época permite un poco mejor que otras la conservación del registro de las palabras de los maestros orales, pero la verdad es que no creo que nadie piense que el mundo perdió mucho porque no había modo de registrar las palabras de Sócrates, de Buda o de Cristo. Siempre hubo alguien dispuesto a copiar o reelaborar el discurso, y la verdad es que los diálogos platónicos y los evangelios han influido más sobre la historia que muchas obras en las que sus autores plasmaron su propio pensamiento con gran rigor conceptual y precisión estilística.

¿Por qué Estanislao prefirió la conversación, el estilo evanescente del diálogo, el recurso de dejar volar las palabras ante auditorios igualmente fugaces e inconstantes? No podemos creer que alguien que dedicó tanta reflexión a los temas de la creación, del aprendizaje y del conocimiento, se permitiera en este campo preciso una inconsecuencia. Más bien creo que viviendo como vivió y haciendo lo que hizo se sentía siéndole fiel a sus más hondas certidumbres. A Estanislao le interesaba menos crear libros que despertar seres humanos. Estanislao sentía un placer singular en dialogar y en exponer temas porque sentía que de ese diálogo y de ese contacto entre interlocutores nacían no sólo un texto y un sentido sino un tipo de relación humana, Y así me explico no sólo lo que yo sentía al final de mi adolescencia asistiendo a sus charlas o conversando con él, sino lo que me parecía notar en numerosas personas que asistían a sus charlas y que se agolpaban en sus conferencias. Desde su vasta información, desde su capacidad de asociar y de reflexionar, desde su versación en muchas disciplinas, su continua curiosidad y su amor por el desciframiento de los textos y la discusión de las verdades, Estanislao nos hacía sentir que todos éramos dignos del pensamiento, dignos del arte, dignos de la verdad y de la belleza, que en estos trópicos tradicionalmente inhibidos y deslumbrados por las verdades ilustres podíamos acercarnos a la gran cultura del mundo y hacerla nuestra, no como un inmóvil botín sino como parte apasionante de nuestra vida, que ni la filosofía, ni el arte, ni el conocimiento eran patrimonio de casta alguna, ni privilegios debidos al origen, a la fortuna o a una posición de poder. Mucho más importante que pulir una teoría era

esforzarse por desarrollar un discurso hecho para permitir que pudiera acceder a la cultura una sociedad formada en la exclusión y en el desprecio. Y hablar era en este país mucho más que intercambiar impresiones, era instaurarnos los unos a los otros, como agentes posibles del pensamiento, como seres dignos de la belleza, como protagonistas de la historia. Es lo que a su modo había intentado Jorge Eliécer Gaitán cuando por primera vez les habló a las multitudes de Colombia, no como a siervos de los que se espera una respuesta útil y masiva, sino como a seres vivos susceptibles de dignidad, de orgullo y de esperanza. Pero ese proyecto había fracasado porque subordinó la urgente tarea de dignificar a un pueblo, la necesidad de una inmensa revolución dignificadora, a un riesgoso proyecto electoral.

Uno de los mitos más antiguos de todos los pueblos alude a cuál fue la forma que utilizaron los dioses para crear hombres. En la leyenda griega había un dragón cuyos dientes, al caer en la tierra, se transformaban en seres humanos. Hölderlin comparó los dientes de ese dragón mitológico con las llamas que descendieron sobre las cabezas de los amigos de Cristo, porque también, según el mito, del contacto con esas llamas surgían hombres capaces de grandes hechos históricos. Estanislao sintió que lo que nos humaniza es la mirada del otro, es el lenguaje del otro. Sintió, como Ilse, que lo que nos enseña a entender es que alguien nos considere capaces de entender, que por eso a los pueblos no hay que privarlos del arte ni de la complejidad del pensamiento. Que todo ser humano sabe advertir cuándo se le considera digno de la cultura y de los más altos dones del espíritu, y nos enseñó a lo largo de la vida, con su ejemplo, que sólo creyendo en la dignidad de los demás podremos conquistar una vida digna.



WILLIAM OSPINA. Poeta, ensayista, novelista y traductor colombiano nacido en Padua, Tolima, en 1954. Estudió Derecho en la Universidad de Santiago de Cali y Literatura Francesa en la Universidad de Nanterre (Francia). Es miembro fundador de la revista *Número*. Ganó el Premio Nacional de Poesía Colcultura en 1992 con *El país del viento*. Algunos de sus libros de poemas son: *Hilo de arena* (1986), *La luna del Dragón* (1992), y *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?* (1995). Dentro de sus libros de ensayo más reconocidos están: *Es tarde para el hombre* (1994), *Esos extraños prófugos de Occidente* (1994), *Los dones y los méritos* (1995), *Un álgebra embrujada* (1996) y *¿Dónde está la franja amarilla?* (1997).

En 2005 comenzó a publicar la que será una trilogía literaria, que inició con *Ursúa*, novela en la que aborda la Conquista de América y el hallazgo del río Amazonas. Un verdadero testimonio dramático de la colonización. La segunda novela, *El país de la canela* (2008), continúa con esta serie sobre los viajes al Amazonas durante el siglo XVI y fue galardonada con el Premio Rómulo Gallegos en 2009. La tercera lleva por título *La serpiente sin ojos* (2013).

William Ospina está considerado como uno de los escritores, poeta y ensayista más destacados de las últimas generaciones, y sus obras son mapas eruditos de sus amores literarios, acompañados de una clara posición ideológica sobre la historia y el mundo moderno.

Notas

[1] Porfirio Barba Jacob, «Acuarimántima». <<